

Asturias y Cantabria en el primer milenio a. C.

M. A. de Blas Cortina*
J. Fernández Manzano**

ABSTRACT

Asturias and Santander, despite the geographical uniformity of the Cantabrian Cornice, are studied separately.

Asturias offers abundant metal products from the Late Bronze Age, which is explained by the rich copper deposits of the centre-west of the region and the work of workshops devoted to the distribution of axes with a high lead content, which denotes contacts with the Northwest and the Atlantic parts of the peninsula.

The rarity of metal finds compared with the frequency of palstaves suggests specialised production of a ritual rather than an economic nature, confirmed by the cauldrons buried in mines and, at a later date, by precious metal creations such as the diadem of Los Oscos. From the 6th century onwards the decadence of the metallurgical workshops heralds a dark age lasting until the 2nd-1st centuries B.C., when fortified settlements appear in the lowlands with good farming lands in the centre-east, where Roman settlements appear from the early 1st century A.D. onwards.

Cantabria, lacking mineral resources, appears to have been a marginal territory during the Late Bronze Age. In the Iron Age only some palstaves are known, and some pollen analyses. Evidence from the Early Iron Age is lacking and the later materials relate to the 2nd-1st centuries B.C., existing, as in Asturias an vacuum of evidence between the Bronze Age and the historical Cantabrians.

RESUMEN

Asturias ofrece a fines de la Edad del Bronce abundantes productos metálicos, dada su riqueza en cobre. La producción de hachas plomadas denota contactos con áreas atlánticas y su frecuencia sugiere una producción ritual, confirmada por los calderos enterrados en minas y, posteriormente, por creaciones como la diadema de Oscos. Tras el siglo VI a. C. sigue un periodo oscuro hasta los siglos II-I a. C., cuando aparecen poblados fortificados en las áreas bajas con buenos suelos agrícolas del centro-orienté, donde, a partir de la Era, aparecen los asentamientos romanos.

Cantabria, sin recursos metalúrgicos, parece marginal durante el Bronce Final. En la Edad del Hierro sólo se conocen escasas hachas de talón, algunas cerámicas poco significativas y algunos análisis polínicos, existiendo un vacío documental hasta los siglos II-I a. C., en que aparecen los cántabros históricos.

1. INTRODUCCION

Pese a la incuestionable unidad que clima y relieve confieren a la España Atlántica, existen, sin embargo, una serie de razones geográficas y culturales que, dentro de aquélla, posibilitan afirmar el carácter particular de las actuales Comunidades Autónomas de Asturias y Cantabria. Recordemos entre las primeras, que ambas ocupan la zona más estrecha de la Cornisa, bien delimitadas por la penillanura gallega al oeste, el umbral vasco a oriente y la propia Cordillera Cantábrica, mientras que será la común vocación atlántica uno de los factores que, en el segundo de los sentidos, afirmarían tal unidad.

Ninguna dificultad habría, de este modo, más aún, podría incluso parecer conveniente que el estudio que pretendemos llevar a cabo se realizara de forma conjunta para ambos territorios; una posibilidad que, no obstante, hemos desestimado a partir de algunos argumentos entre los que, lo reconocemos, no falta la propia conveniencia. A este respecto, recordemos ahora que si parca es la documentación acerca del Bronce Final, como lo es asimismo, además de tremendamente confusa la relativa al Hierro, no es menos cierto que los hallazgos asturianos de bronce quintuplican cuando menos a los de Cantabria, lo que ha permitido formular consideraciones más enjundiosas para la primera de las zonas. En otro sentido, y aún cuando ambos territorios aparezcan teñidos por idéntico denominador de «atlantismo» —grupos culturales numerosos, locales, que utilizan tecnologías equivalentes (Coffyn, Gómez y Mohen, 1981)—, parece más que probable que en la dinámica comercial en que tales grupos se vieran involucrados, Asturias desempeñó un protagonismo mucho más activo, y ello en función de la mayor potencialidad de recursos cupríferos, insignificantes en Cantabria. No hemos de ignorar, pese a todo, la existencia de un importante volumen de materiales, cerámicos sobre todo, recuperados en numerosas cavernas de Cantabria, aunque, desafortunadamente, constituye casi siempre el botín de pesquisas de discutible rigor y, por ende, de muy limitado alcance histórico. Se parte, pues, de un conjunto informativo cuantitativa y cualitativamente distinto, suficiente a nuestro juicio para tratar de forma individualizada sendas regiones, pero sin ignorar que una y otra forman parte a la postre de la «comunidad atlántica», con lo que la reiteración de ciertos planteamientos se hará de este modo inevitable. Señalemos, por último, que si el esquema en tres fases en que subdividió la Edad del Bronce, y más concretamente el también tripartito de su etapa final, sirvió de eficaz guía para establecer las primeras bases de estudio en todas las tierras de ámbito atlántico, el citado diseño ha perdido en la actualidad casi toda su vigencia, pues, como es sabido, el mismo se estructuró con el único respaldo de la aparición de ciertas manufacturas bronceas. Como en este caso, otro tanto cabría aducir a propósito de la Edad del Hierro, cuya convencional nomenclatura: «primera y segunda Edad del Hierro», apenas si resisten en esta zona el valor meramente cronológico que las mismas encierran.

* Universidad de Oviedo.

** Universidad de Valladolid.

Pese a todo, la exiguidad de los documentos arqueológicos atribuibles a estas Edades hará necesario el uso ocasional de aquellas terminologías, insistiendo que su alcance no rebasa lo meramente organizativo.

2. ASTURIAS

Hasta tiempos recientes no se puede hablar de una bibliografía específica sobre el ciclo último de la Edad del Bronce en el territorio de la actual Asturias. En efecto, desde fines del XIX se fueron produciendo breves notas sobre objetos metálicos aislados o hallados en conjuntos (depósitos) de cierta entidad; notas que no van más lejos del apunte curioso y estrictamente periodístico.

Sólo hallaremos indicaciones más específicas, aunque siempre sumarias, en los catálogos de algunos museos (Museo Arqueológico Nacional, 1901; Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, 1903) y en las Actas de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Oviedo, 1874-1912. A estas referencias no se les añade durante decenios más que la alusión, gráfica o escrita, a ciertos instrumentos asturianos en las grandes síntesis de la Prehistoria Peninsular, incidiendo éstas, repetidamente, sobre objetos singulares (espadas pistiliformes y puñal de antenas, por ejemplo, del imaginario depósito de Sobrefoz), pero sin evaluar la riqueza o escasez de tales testimonios. Carece de sentido, en consecuencia, la enumeración de en qué estudios genéricos de la Edad del Bronce en el N.NO. de la Península Ibérica aparecen tales o cuales objetos asturianos ubicables en ese marco cultural. El volumen de los elementos conocidos sólo se atisba a través de lo que en su momento refieren el gallego del Castillo (1927-1928) en sus investigaciones sobre las hachas de talón en Galicia o, en su texto de naturaleza muy distinta, el inventario de la colección arqueológica asturiana Soto Cortés realizado por C. Diego en 1960.

Es preciso, por último, alcanzar la década de los 70 para que el Bronce Final en Asturias vaya contando con aportaciones bibliográficas concretas y con una valoración arqueológica de los testimonios utilizables, yendo más allá de su mera atribución, ciertamente correcta, al contexto más amplio del Bronce Final en el cuadrante noroeste ibérico. Estudios como los centrados en el extraordinario molde de Los Oscos o en las palstaves de Pruneda en el centro-oriente de la región (De Blas, 1972 y 1974), corresponden a ese período de registro y estimación cultural de lo entonces conocido sobre las postrimerías del Bronce asturiano y cuyos resultados aparecerán publicados varios años después de su consecución (De Blas, 1983). Es también por entonces cuando ve la luz el catálogo monumental de L. Montegudo (1977) que constituye para ésta, como para otras regiones de España y Portugal, una fuente de consulta inapreciable.

Tanto en las citas decimonónicas como en los estudios de detalle recientes destaca una circunstancia: casi nunca se indican o conocen los contextos arqueológicos de los artículos metálicos llegados hasta nosotros y a partir de los cuales se construye el edificio teórico, tan endeble, de nuestro Bronce regional.

3. LA NATURALEZA DE LOS DOCUMENTOS CONOCIDOS

Por oposición a una mayor riqueza, siempre discreta, de las manifestaciones arqueológicas de las primeras fases del Bronce Antiguo, —inhumaciones en cueva, monumentos tumulares, labores mineras, continuidad en el uso de algunas tumbas megalíticas, etc.—, la documentación recuperada del Bronce Final se refiere de forma prácticamente exclusiva a las elaboraciones metálicas características en el NO. peninsular de ese período. Muchos de esos artículos metálicos proceden de colecciones antiguas, carentes de una mínima referencia a las circunstancias concretas de cada hallazgo. Excepcionalmente, algunos disponen, además de la vaga referencia geográfica de origen, de una sucinta nota complementaria («hallada cerca del tal castro...») que nunca aporta datos de excesivo valor.

Se puede decir, en conjunto, que la descontextualización es el denominador común de todos esos materiales; el añadir, por ello, que no se conocen hábitats concretos de la época que comentamos, ni tampoco las tumbas de entonces, es una redundancia necesaria para poner de manifiesto las dificultades que plantea su estudio.

La presencia humana extendida prácticamente a todo el territorio es, sin embargo, innegable según veremos por la dispersión espacial del utilaje metálico localizado. Otros datos indirectos, como las referencias a la antropización del medio vegetal, son también escasos aunque atendibles. De estos últimos lo más significativo se refiere a la secuencia palinológica del Llanu Roñanzas en la costa oriental de Asturias. Para la fecha C-14, 3.210 B.P., de los inicios del Bronce Final, se propone un paisaje dominado por las poblaciones de Ericáceas y Gramíneas, escaseando el arbolado (Mary, De Beaulieu y Medus, 1973). Poco después de finalizado aquel ciclo cultural (2260 ± 45 B.P.) en la turbera de Buelna, no lejos del lugar anterior, se percibe la disminución de los pólenes arbóreos paralela al incremento de *Ericáceas* y *Gramíneas*, modificación que se interpreta como el efecto de la destrucción del bosque por el hombre (Menéndez Amor y Florschütz, 1961, 89). Resulta concordante esta información con lo establecido en el nivel 3 de la cueva cántabra de El Juyo, atribuido a la Edad del Bronce, en el que al lado de los primeros restos de *Cerealia* se detectan otros propios del cortejo vegetal de los terrenos cultivados, como el *Plantago* (A. Leroi Gourhan, 1987, 60-61).

En el centro-occidente tal tipo de documentos es inexistente, salvo la constatación de una actividad humana acentuada en la época de construcción del túmulo poco característico denominado Piedrafita V, en la Cuenca Media del Nalón. Este extraño monumento, al que el C-14 sitúa en un marco temporal correspondiente al Bronce Antiguo-Bronce Final, refleja un medio botánico no sólo fruto del pastoreo, sino también de las prácticas agrícolas (Dupré Olivier, 1988, 91-94).

El diagrama recogido en la fig. 1 es suficientemente ilustrativo de la composición del repertorio metálico del Bronce Final en su conjunto y de las relaciones

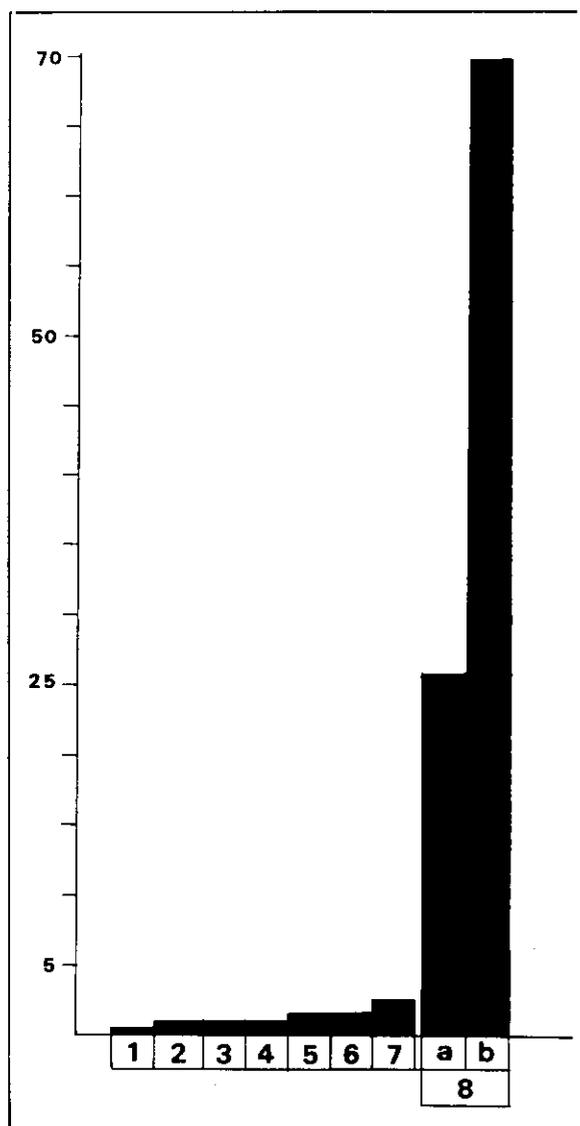


FIG. 1. *Productos metálicos del Bronce Final en Asturias: obsérvese el dominio cuantitativo de las hachas de talón: 1. Espadas, 2. Hachas de apéndice, 3. Brazaletes, 4. Hachas de tubo, 5. Puñales, 6. Puntas de lanza, 7. Hoces, 8a. Hachas de talón (1 anilla), 8b. Hachas de talón (2 anillas).*

numéricas entre los diferentes elementos representados.

El desequilibrio se hace patente por el dominio de las hachas de talón y anillas (entre los tipos de una y dos asas, cerca de un centenar; casi el doble de las catalogadas en la Meseta N.) frente a otros artículos de la misma clase instrumental (hachas de cubo o de apéndices laterales) débilmente representados aunque provistos de un valioso papel de indicativos culturales (pensemos en el molde metálico para fundir hachas de tubo de Los Oscos). En la misma situación se encuentran las armas, en las que predomina la calidad sobre la evidente modesta cantidad. Son ilustrativos de este aserto la espada pistiliforme de Sobrefoz, el puñal de Tineo (la única arma corta de su tipo en el cuadrante noroccidental ibérico), o el puñal de antenas conocido como de Sobrefoz, pieza clave en la interpretación de

la génesis de un específico grupo de armas (los puñales gallego-asturianos) en las postrimerías del Bronce Final (Ruiz Gálvez, 1980).

Al margen del binomio industrial instrumentos-armas se sitúan los fragmentos de caldero, no exentos de problemas como veremos, y los brazaletes. Otros elementos de la metalistería detectados en las regiones vecinas: navajas de afeitar, fibulas, asadores, cuchillos o cinceles, son aquí totalmente desconocidos.

La abrumadora mayoría de las hachas de talón con asas y el limitado espectro tipológico en las restantes producciones, proviene no sólo de la propia tendencia a la ocultación de esos materiales (tan común en el NO.) y de la constancia de su descubrimiento en el último siglo conformando el inventario actual. Señala, al mismo tiempo, el éxito de un producto local que pudo haber tenido o no un inmediato empleo como instrumento, pero cuyo destino global es en buena medida ajeno al hallazgo que cabe esperar tras la excavación de un poblado. En este último caso, aquí inexistente, se esperaría la localización de artículos muy diversos cubriendo una amplia serie de usos y necesidades relativos a la vida diaria.

Bajo este enfoque, las hachas de talón absorben de forma reiterada, con independencia de las variedades que se puedan señalar, la producción de objetos metálicos, consumiendo cantidades de materia prima muy superiores a las requeridas para otros artículos (algunas hachas pesan más de 1 Kgr.). Al fin y al cabo, desde una visión estrictamente utilitaria, podríamos preguntarnos qué tarea tan específica precisaría de un utillaje como éste, en contraste con tantas otras actividades (desde la fabricación del mobiliario doméstico hasta la preparación del vestido y del calzado) carentes, al menos ahora, de un utillaje apropiado.

Nos sitúan así tales consideraciones ante la forma de los hallazgos, en los que rara vez se dispone de elementos de acompañamiento. ¿Qué inducir del descubrimiento de la espada pistiliforme de Sobrefoz (Ponga) en el centro de una «cuerría» cuando los vecinos de la localidad removían el suelo?. La cuerría es una estructura circular o elíptica, pequeña, construida en piedras a hueso: ¿una cabaña?, ¿una tumba?; en última instancia, ¿contemporánea de la espada o posterior?

Tras esta noticia a colación la irrealidad del tantas veces citado «depósito de Sobrefoz» que nunca existió (De Blas, 1983, 181), pero, sin embargo, todavía vivo, rutinariamente, en la bibliografía especializada (Coffyn, 1985, 174).

La mayoría de los materiales que conocemos son piezas aisladas, al menos en su catalogación, pero la cercanía tipológica de ciertas piezas permite considerar la posibilidad de que algunos lotes sin procedencias correspondieran a verdaderos depósitos. En ocasiones una sola pieza conservada hoy (ocurre en particular con las hachas de talón) formó originalmente parte de una asociación más amplia de objetos, disgregada tras su descubrimiento. Podemos hablar así de conjuntos como el de Pruneda (Nava) o depósitos como el de Alába (Salas), con más de doce piezas. No se conocen ocultaciones muy cuantiosas; sí la insistencia del acto de esconder materiales generalmente repetidos, sobre todo las hachas de talón, aunque no de forma

exclusiva. La docena de brazaletes hallados en una peña en Llamero (Candamo) o los, en número indeterminado (de siete a doce ejemplares), localizados al remover las raíces de un árbol, en Aller, no es probable que se deban a razones funerarias. La ligereza de los del Candamo toleraría esa posibilidad y podrían haber sido portados por una sola persona. Los de Aller por su peso (485 grs.) y dimensiones restan verosimilitud a esa hipótesis, mientras que el carácter de escondrijo intencional resulta plausible.

La homogeneidad de algunos de esos depósitos no deja de ser llamativa; ¿por qué precisamente docenas de brazaletes o de hachas iguales? La idea del simple ahorro y tesaurización del metal no se ajusta al repertorio arqueológico que conocemos: ¿dónde están los conjuntos heteróclitos, las piezas rotas o la chatarra?

Brazaletes como los de Llamero, largos y de sección plano-convexa, recuerdan los pequeños lingotes continentales; reservas de metal con un valor económico indudable con independencia de su ulterior destino. Proviene los materiales conocidos, en definitiva, de una fabricación específica y no del simple acopio de objetos domésticos para su posterior empleo.

4. LA SITUACION CONTEXTUAL DE LOS HALLAZGOS

El contexto de los hallazgos está en buena medida comentado. A las conexiones producto elaborado-minerío nos referiremos después. Un aspecto, no obstante, que no debe ser soslayado reside en la relación, al menos espacial, entre ciertos productos y algunos asentamientos castreños.

No podemos afirmar que la asociación hacha de talón-poblado sea frecuente, aunque sí se observa en ocasiones. Los ejemplos de Larón (dos hachas de talón y anillas procedentes del límite exterior del aparato defensivo de un castro ocupado en el siglo I (Maya y De Blas, 1983), tal vez Alába (Salas) (una docena de hachas del mismo tipo, descubiertas en 1921, se ocultaban en una vaguada que desciende del emplazamiento castreño), Castro de Riocastello (Tineo) y algún caso más, son bastante indicativos (De Blas, 1983, 147-149) si bien nunca podremos defender la conexión real con aquellos poblados.

Mucho más firme es el hallazgo de una hacha de una anilla entre las ruinas de la gran cabaña del castro de Pendía (García Bellido, 1945, 305), aunque el poblado responde también a un momento tardío, en plena romanización. Recientemente, en el interior de un castro de época desconocida, el de La Barrera (Logreza, Carreño), fue localizada una pieza de dos asas y doble estría en la hoja (Busto, 1984, 49-51), de un tipo muy común en el centro-occidente de la región, agrupadas por Monteagudo (1977) en su tipo 32 G. West Oviedo, A.

En la coincidencia que venimos señalando destaca el hecho de que predomine un tipo particular de hachas tardías: las muy plumadas con la mazarota característica del colado del metal. Ocurre así, precisamente, en Larón, Alába y Riocastello, lugares del sector occidental asturiano.

Proceden también de castros varios fragmentos de chapa metálica con remaches: Picu Castiello (Siero) y Pendía (Boal), además de un trozo mínimo cuyo origen genérico se sitúa en Tineo. Aunque por esta razón a los dos primeros asentamientos (recordemos el hacha de talón de Pendía) se les haya considerado «hábitats del Bronce Final III Atlántico» (Coffyn, 1985, 215), su propia naturaleza y ambiente cultural impiden reducciones tan esquemáticas y definitivas.

El supuesto caldero de Pendía consiste en una lámina con siete remaches imitados y nada ayuda a su inserción entre los calderos de tipo británico. El resto más seguro del Picu Castiello (Escortell y Maya, 1972), en el centro de Asturias, con verdaderos remaches al estilo de los de Lois, Cabárceno o depósito pontevedrés de Hío, se encuentra en una situación arqueológica imprecisa, integrante de una serie de materiales, en principio más modernos, cuyas relaciones entre sí (salvo el que procedan del mismo lugar) son desconocidas. Admitiendo, pese a lo dicho, alguna contemporaneidad entre todos ellos e, incluso, aceptando que los trozos de Castiello sean de una sítila de tipo irlandés, nos encontraríamos ante verdadera chatarra que allí pudo significar el reciclado de objetos metálicos ya antiguos en la época de habitación del poblado.

5. DISPERSION TERRITORIAL DE LOS TESTIMONIOS

Con los límites inherentes a un registro arqueológico como el descrito, las interpretaciones que se puedan derivar del repertorio espacial de los distintos materiales son de una validez muy relativa, aunque nunca se les deba negar su carácter indicativo. Cuatro decenas de hachas de talón con anillas tienen como filiación de origen «Asturias». Un volumen tan considerable de la documentación podría modificar radicalmente la cartografía elaborada a partir de aquellos objetos que sí tienen una referencia de procedencia más concreta.

Partiendo de estos últimos se observa una relativa distribución equitativa entre los grandes ámbitos regionales: desde localizaciones distintas en el sector montañoso, al S. de la región, incardinado en la Cordillera Cantábrica (Ponga, Teverga, Somiedo), hasta una cierta frecuencia de hallazgos en el ámbito de las rocas carbonatadas, en las que se instala la cuenca hidrográfica del Nalón (El Condao, Tiraña, Sotroñido, Langreo, Brañes, Llamero, etc.), o en las tierras bajas inmediatas a la mar (Caldueño, Lastres, Perlorra, Avilés, Castropol, etc) y, desde luego, los complejos y quebrados territorios del cuadrante suroccidental (Tineo, Allande, Cangas del Narcea, Ibias, etc).

Globalmente la dispersión es un tenue esbozo de la estancia humana en el territorio, de forma extensa sin grandes vacíos, reproduciendo *mutatis mutandis* la colonización regional verificada por las antiguas comunidades megalíticas. Las creaciones metálicas se manifiestan, en consecuencia, como los testigos más relevantes del dominio humano sobre el medio.

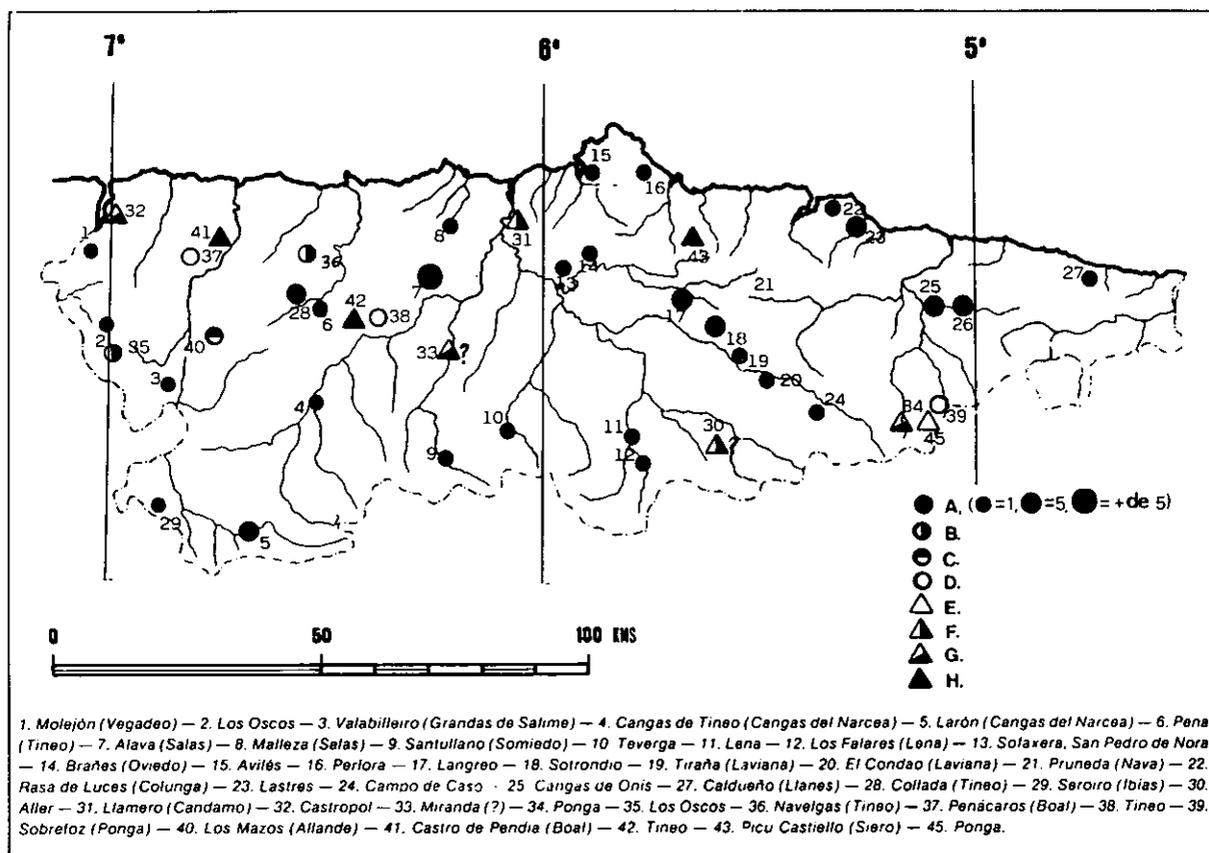


FIG. 2. Hallazgos metálicos del Bronce Final en Asturias: A. Hachas de talón y anillas, B. Hachas de cubo, C. Hachas de apéndices, D. Puñales y espadas, E. Puntas de lanza, F. Brazzaletes, G. Hoces, H. Fragmentos de caldero.

Nuevamente los documentos comunes son las hachas de talón, describiéndose ciertas áreas de radicación de tipos concretos. Las que conservan la mazarota de fundición se encuentran en el centro del sector occidental, mientras que las piezas esbeltas de hoja larga, nerviada y espatuliforme son comunes en las tierras centro-orientales. De forma genérica ambas producciones marcan los extremos opuestos del repertorio tipológico conocido, siendo probable, sin embargo, su cercanía cronológica insertas ambas en un momento tardío del Bronce Final.

Otro hecho a retener es la mayor diversidad en la metalistería occidental, sobre todo en la fase que convencionalmente se suele denominar Bronce Final Atlántico III, caracterizada en especial por las hoces de hoja nerviada y diseño en T y por las hachas de tubo y dos anillas, además de las hachas de apéndices laterales. Todos esos materiales, desconocidos en el centro-oriente, denuncian una mayor permeabilidad de los fundidores locales a la penetración de artesanías foráneas que toman así carta de naturaleza, dando lugar a formas propias (como ocurre con las hoces comentadas). Ese aire de mayores relaciones o contactos no pueden ser independientes de la posición de la Asturias occidental en los caminos por los que fluiría el cobre asturiano hacia los talleres del NO., sin que tampoco se deba desconsiderar la propia producción, muy verosímil, de oro, muy abundante en las formaciones cuarcíticas del oeste asturiano.

6. LA PRODUCCION CUPRIFERA A FINES DEL BRONCE

La relación materia prima-producto manufacturado dispone de sólidos indicios en la Asturias centro-oriental desde el Bronce Antiguo. Como es sabido, en aquel territorio el cobre es abundante, de fácil laboreo y transformación al presentarse en forma de carbonatos y óxidos.

En esas condiciones no debe resultar extraña la existencia de una minería temprana (De Blas, 1985). La reactivación metalúrgica durante el Bronce Final no debió de ser ajena a la continuidad y a la intensificación del laboreo minero, antiguo y experimentado. Dejando aparte la consideración de los talleres de fundidor activos en ese tiempo en las áreas calcáreas y de su vinculación con el beneficio de la potencialidad cuprífera del entorno, procede considerar el verosímil valor indicativo de ciertos artículos metálicos y de su correspondiente referencia de origen.

Cuentan entre los testimonios más significativos dos hachas de talón y anillas, aparecidas en 1861 en la que se llamó «Mina Castillejos» (Cangas de Onís). Desconocemos a qué concesión del XIX corresponde tal nombre, pero a lo largo de la segunda mitad de aquella centuria fueron frecuentes las minas de cobre en la Asturias calcárea; en varias (las de El Milagro y El Aramo son paradigmáticas) los trabajos modernos tropezaron con las labores prehistóricas, circunstancia

que hace plausible la localización que comentamos. Una de aquéllas, corta, gruesa y con una anilla, se acomoda a lo que debieron ser las producciones tempranas de las de talón. Concurren circunstancias semejantes en otra más avanzada, probablemente salida de alguno de los talleres activos en la cuenca alta del Nalón, cuyo hallazgo se sitúa en «una mina de Asturias» (Monteagudo, 1977, 1253 C). Otra de doble anilla, tosca y gruesa, pudiera guardar alguna relación con la mina antigua del Milagro¹. Por último, el hacha de tubo de Navelgas (Tineo), descubierta a «seis pies de profundidad al lado de las antiguas labores auríferas» (Harrison *et al.*, 1981, 144), nos sitúa ante un medio mineral diferente, dominado esta vez por las cuarcitas auríferas del occidente.

Ante la falta de detalles más precisos para los materiales citados conviene preguntarse cual fue su identificación real con el minerío. El hallazgo en las propias explotaciones de por sí parece extraño (dada su escasa idoneidad instrumental); sin embargo, la aparición de elementos acabados, verdaderas manufacturas, tiene referentes más antiguos (hachas planas en El Milagro y el Aramo y una probable tapa de molde en La Profunda) y, también, de los tiempos terminales de la Edad del Bronce en la propia región. El caldero de Cabárceno, en el fondo de un pozo minero, o el de Lois, en plena zona cuprífera de la Cordillera Cantábrica.

Tal vez todos esos materiales (¿ofrendas intencionadas y no objetos olvidados?) correspondan al ritual conciliador con la naturaleza, tan frecuente en las comunidades primitivas de mineros, conscientes de su intrusismo en el medio subterráneo al que sustraen su riqueza.

7. LOS RASGOS PARTICULARES DE LA METALISTERIA LOCAL

El dominio metalúrgico alcanzado por los fundidores del Bronce Final en Asturias se hace patente tanto en los productos finales registrados como en los procedimientos seguidos para su consecución. El hábil empleo de los moldes bivalvos, adquirido ya durante el Bronce Antiguo, constituye la fórmula habitual de colado, llegándose en ocasiones a moldes de una gran complicación. La mejor referencia en ese sentido se halla en el extraordinario ejemplar de Los Oscos en el que a las valvas metálicas se suma un macho o corazón del mismo metal. Las dificultades que el molde presentaría al colado del metal hacen plausible su uso para una primera etapa en la fabricación de hachas por el complicado método de la cera perdida (Harrison, 1980).

No resultaría excesiva tal perfección técnica si consideramos el elaborado sistema de fundición de la pieza de talón y dos asas que, «hallada en Oviedo», se guarda en el British Museum. En esta hacha, moldeada inicialmente con un corazón de resina y arena, se rellenó en una segunda fase con plomo puro (Hughes, en Harrison *et al.*, 1981). Seguramente no es este un caso insólito, la estructura interna de una de las

hachas de Larón sugiere también un procedimiento semejante.

En virtud de la morfología del artículo fabricado se mantiene simultáneamente la simplicidad de las formas tradicionales, según se constata en el molde de piedra, univalvo, de Castropol, en el que se fundieron algunas de las hoces características. El empleo, por otra parte, de moldes de arcilla carece, por su propia calidad material y por la naturaleza del registro arqueológico, de documentos seguros. El proceso seguido, no obstante, para las hachas planas de apéndices laterales en el castro leonés de Gusendos (De Blas, 1984-85) pudo haberse seguido en las del mismo tipo de los Mazos (Allande), aunque pudiera tratarse aquí de una verdadera importación meseteña.

La misma habilidad se induce del análisis metalúrgico de algunas piezas. Hallamos en las investigadas (en realidad todavía muy pocas) las características aleaciones ternarias del Bronce Final Atlántico. En general, para piezas esbeltas y longilíneas, las proporciones de plomo se mantienen por debajo del 6% (hachas de Lena, Sotroñido y el Condao), composición también presente en el hacha de tubo de Navelgas, en todas ellas el estaño aparece en dosis estimables (8,80% a 16,60%). El Pb alcanza volúmenes muy elevados en una de talón de Langreo² (29,5% y 30,2% en dos puntos diferentes de la pieza) (Harrison *et al.*, 1981, nº 64) e, igualmente, en la hoz de Castropol depositada en el British Museum (Pb: 20,5%). En la ya comentada de Oviedo el corazón de la pieza alcanza el 100% de Pb, oscilando entre el 22,3% y el 22,9% en otros tres puntos del cuerpo (Hughes, citado).

Aún en los ejemplares más plomados sigue presente el estaño: 10,4% en la hoz de Castropol y hasta 6,18% en la de talón de Oviedo, de modo que la adición del plomo se produce a expensas, fundamentalmente, del cobre.

Nos conducen estas anotaciones, inevitablemente, a la debatida cuestión del uso de estos útiles. La evolución de los bronce ternarios y sus implicaciones tecnoeconómicas fueron detalladamente desmenuzadas por Sierra (1978 y 1984), insistiendo este autor en la vieja hipótesis del «hacha-lingote» para aquellas con proporciones tan elevadas de Pb que no ofrecían la suficiente resistencia mecánica para su empleo como utensilios. Recientemente se señaló que algunas piezas plomadas muestran acabados en frío (preparación de filos, etc.), alegando, complementariamente, lo poco razonable de la aleación de distintos metales para acumularlos como simples reservas de materia prima, cuando sería más lógico hacerlo por separado (Ruiz Gálvez, 1987, 260 y n. 11).

Desconocemos cuáles son las dosis del tercer metal en las piezas acabadas consideradas por Ruiz Gálvez; el que algunas bien plomadas fueron instrumentos se percibe también de distintos ejemplares asturianos:

² La pieza nº 63 de las estudiadas por Harrison y otros, 1981, es semejante a la nº 64, de Langreo (Asturias). Aquella «hallada en una mina de carbón» de Andalucía, la clasifica Monteagudo en su catálogo como también de Langreo. Presentan ambos ejemplares la misma decoración de nervio rematado en un tridente, decoración presente en otra pieza similar de El Condao, aguas arriba de Langreo, en la cuenca alta del Nalón. Todo parece apuntar, en definitiva, más a una filiación asturiana que andaluza para la nº 63.

¹ Comunicación personal de A. Martínez Villa.

hachas de talón de Sotroñdio, Langreo, etc. Más clara es la manipulación posterior al fundido del hacha de empuje tubular de Navelgas. En ésta, las estrías ornamentales (como sucede en bastantes hachas de talón) se hicieron a buril, pero lo más ilustrativo es el aplastamiento de la hoja a martillo, buscando un filo curvo más extenso que el de la pieza recién fundida, acto que persigue un fin utilitario.

Sin embargo, en los casos que acabamos de considerar, el plomo aparece en volúmenes discretos, de modo que no se llega a los extremos observados en las piezas con mazarota o en hoces como la citada de Castropol. Entre las hachas de talón asturianas se detectan varias con altas cantidades de plomo que nunca se utilizaron y, aún así, aparecen partidas (hachas de Larón, Alába. Los Oscos y algún ejemplar de Pruneda) o con grandes defectos de fabricación (Alába), de manera que no es pensable que alguna vez hayan servido para cortar o para una tarea de percusión semejante.

Todo apunta, en definitiva, a que muchas de esas piezas tardías fueron concebidas por sus autores para un destino distinto al de meros instrumentos.

8. LOS RASGOS DOMINANTES A FINES DEL BRONCE Y LA DISCONTINUIDAD ARQUEOLÓGICA HASTA LO CASTREÑO

Si retomamos lo escrito páginas atrás, —en torno a la frecuencia de las hachas, la repetición de un mismo artículo y su hallazgo habitual como objetos ocultos, frente a la rareza o la absoluta ausencia de otros objetos cuya fabricación era posible y fácil para fundidores experimentados—, deberíamos considerar lo verosímil de producciones impelidas por una actitud ritual generalizada (y por tanto repetitiva). El recuerdo de la insistencia en la bibliografía de los últimos años sobre el papel de los depósitos votivos en el Bronce Final, —como un medio efectivo para el consumo competitivo, determinante, en consecuencia, del descenso del volumen del metal en circulación (Bradley, 1988) en el O. europeo—, recupera no sólo una posibilidad interpretativa de la disfuncionalidad de las hachas tardías (y tal vez de otras piezas como la hoz de Castropol citada), sino también de las plausibles razones de la ocultación de piezas aisladas o en conjunto³.

Resulta más neta la actividad metalúrgica en los episodios terminales del Bronce Final, a partir del 800 a. C. si admitimos las fechas tardías de muchos de los materiales localizados. El origen estrictamente tipoló-

gico de las series establecidas de nuestros artículos metálicos y de su evolución plantea numerosas dudas sobre la correspondencia temporal de cada uno. correspondencia que podrá sufrir modificaciones sustanciales cuando se disponga de situaciones contextuales precisas como demuestra, para las espadas de lengua de carpa (fechadas ahora en el siglo X o tal vez antes), lo observado en el poblado granadino de Cerro de la Miel (Carrasco, Pachón y Pastor, 1985). De acuerdo con estos postulados, piezas de aire arcaico, como las hachas de Pruneda, son seguramente productos plomados bastante modernos.

Proviene la situación apuntada de las expectativas abiertas por el desarrollo de los talleres de fundidores del NO. donde el cobre es muy escaso, por lo que habría que valorar la exportación del metal abundante y de fácil obtención en las comarcas calcáreas del centro-oriente asturiano. Sería esa circulación del metal la responsable de las similitudes de Asturias, parte de Cantabria y el NO., en cuanto al predominio de ciertos útiles, como las hachas de talón, se refiere.

El acento local se concluye de la propia personalidad de algunos talleres que operan en la zona, entre los que adquiere un perfil más neto el detectado en la cuenca superior del Nalón, en pleno territorio cuprífero. Las conexiones con Galicia se manifiestan en particular por las curiosas hachas de mazarota y en algunos tipos occidentales de hojas alargadas y subtrapezoidales, al igual que con el N. portugués se emparentan las hachas de tubo fabricadas en el oeste regional.

Frente a otros productos locales, —las hoces de Castropol, por ejemplo—, se percibe un cierto conocimiento de artículos ajenos al territorio, imitados o recreados ya desde antiguo (la espada de Sobrefoz, tan cercana al ejemplar francés de la Réole, etc.) y que en ocasiones alumbran artesanías «sui generis» como el puñal de Tineo que encuentra su inspiración en las «lenguas de carpa» o, tal vez en el s. VI, puñales como el de Penácaros (Boal) que reinterpreta con alguna tosquedad el más temprano de Sobrefoz (este último probablemente importado).

Son discretos, en conjunto, los retornos del comercio del cobre, ya que los productos de áreas distantes son más bien escasos (a los conocidos y publicados se añade ahora una punta de lanza de tipo Vénat, aparecida recientemente en el concejo de Allande), aunque en ocasiones muy espectaculares como ocurre con los calderos, que se deberían al interés atlántico por el cobre cantábrico a fines del Bronce. Son raros en ese tiempo los componentes meridionales detectables en la región. Los más diagnósticos, hachas de apéndices oblicuos, denuncian la llegada de artículos elaborados por comunidades asentadas en la cuenca sedimentaria del Duero, con una economía agrícola de cierta importancia capaz de alimentar la importación de minerales escasos o inexistentes en el territorio.

Las afinidades con Galicia y Portugal dibujan el marco de referencia del Bronce Final en sus últimos episodios. Será justamente en las comarcas occidentales asturianas, en las que el cobre es raro, donde se produzca una mayor variedad instrumental; ¿acaso convertidas en pequeños centros de intercambio, beneficiándose de los rendimientos comerciales de la circulación del metal?, ¿quizás, al mismo tiempo, por un

³ El porqué de los numerosos objetos metálicos plantea comprensibles dificultades y, desde luego, es probable que no exista una razón única y genérica para todos los conocidos. No obstante, cuando en una zona concreta se repiten los hallazgos parece plausible excluir la hipótesis de que se trate de ocultaciones estrictamente económicas, admitiéndose un móvil de naturaleza religiosa: el enterramiento de objetos siguiendo modalidades rituales definidas. Estas cuestiones, tratadas con frecuencia en la bibliografía especializada, parten de las propuestas de Worsae en 1880, Mortillet en 1894 y Dechelette en 1910. Pese a la cautela presente en las conclusiones de su trabajo no deja de ser extraordinaria la cercanía espacial de depósitos independientes localizados mediante prospecciones electromagnéticas por Tabbagh y Verron (B.S.P.F., 1983).

mayor desarrollo agrícola que el logrado en las áreas mineras, de valles estrechos y orografía abrupta?

El hecho de que se localicen en el occidente de Asturias aleaciones muy plomadas concuerda con el rasgo genérico de la metalurgia crepuscular del Bronce Atlántico, en el que la disminución del cobre se viene explicando por la incidencia del comercio fenicio (Sierra, citado) que en el s. VII da al traste con la actividad mercantil indígena. No obstante, cuando aquí, precisamente, abunda el cobre y se exporta, ¿qué razones existen para que se sustituya dicho metal por el plomo?

A este respecto, para las zonas cupríferas asturianas, es preciso señalar la escasez de análisis de los objetos conservados. En los existentes, se presenta el plomo en dosis tolerables. El ejemplar de Langreo (British Museum), por el contrario, es muy plomado, alineándose tipológicamente con los artículos astur-occidentales y galaicos.

Cabe admitir, según la información actual, que el ahorro de cobre fuera innecesario en un territorio productor del mismo; no hay ninguna razón para pensar en el agotamiento de los recursos. Sería más difícil disponer de estaño (que entonces se economizaba ya en Galicia) o de plomo (localizable en el extremo occidental de Asturias en el límite con la provincia de Lugo). Los materiales plomados en las comarcas ricas en cobre serían pues el exponente no de una mera imitación técnica, —que implicaría un comportamiento gregario y antieconómico cuando el metal base de las aleaciones podía ser empleado sin demasiadas restricciones—, sino de importaciones del NO.

Bajo este enfoque, las piezas muy plomadas del centro y S. de Asturias se nos antojan manufacturas recibidas en el retorno de los envíos de cobre a los mercados noroccidentales.

El fruto de los intercambios que proponemos serían, precisamente, las repetidas hachas de talón (con altos niveles de Pb) características del NO., explicando la rareza con que se manifiestan otros tipos distintos. A partir del s. VII la decadencia o extinción de los talleres metalúrgicos atlánticos afectaría directamente a las actividades extractivas en la región. Cualquier reorientación del mercado carece, por ahora, del pertinente respaldo arqueológico (no se conocen materiales exóticos provenientes de las áreas desarrolladas del S. peninsular). Tras este momento sólo se puede hablar de vacío documental (quizás el único testimonio tardío, del s. VI, sea el puñal de antenas de Penácaros en la cuenca del Navia), afectando a las centurias que cubren el notable lapso que media hasta los siglos II-I a. C.

Los tenues síntomas de vida en ese tiempo prerromano se detectan en el sector centro-oriental, en el entorno de los fértiles valles costeros (Villaviciosa, Caravia, etc.), donde se puede esperar un notable desarrollo de las actividades agrícolas (en ese territorio se asientan parte de las estaciones romanas mejor conocidas, y también distintas inscripciones de la época). En el occidente, lo castreño es ante todo un acontecimiento vinculado a la romanización. Falla, evidentemente, el registro arqueológico, ya que el vacío comentado se opone a la realidad de los pueblos

protohistóricos asentados en Asturias de los que darán oportuna cuenta los autores clásicos.

Los tiempos postreros del Bronce Final disponen, en síntesis, de un exclusivo referente en la industria metálica con el dominio de las hachas de talón cuya reiterada presencia anima, como se dijo más atrás, la idea de un consumo ritualizado, costoso, en el que tales artículos se amortizan al convertirse en ocultaciones votivas. Este planteamiento nos recuerda lo ocurrido durante siglos de cristianismo: el comercio y uso de la cera con fines estrictamente religiosos (por su elevado precio apenas fueron empleadas las velas como iluminación doméstica).

De ese mundo ritualizado se hallan resonancias en el tantas veces citado pasaje de Suetonio: «... in Cantabriae lacum fulmen decidit: repertaeque sunt duodecim securae...» (Galba, VIII, XXIII).

Hachas y agua se asocian de manera semejante a tantas armas arrojadas al agua durante el Bronce Final, circunstancia que en el caso de las espadas (Leguina, 1914) se viene señalando repetidamente en distintos lugares de la Península.

Es ese mundo ritualizado el que se fija gráficamente en la diadema áurea de Los Oscos en el occidente asturiano. Guerreros a pie o a caballo e individuos portadores de grandes calderas aparecen junto a peces y lo que parece ser una corriente de agua (López Monteagudo, 1977). Tal vez, como señalábamos en otro lugar (De Blas, 1983, 231) esas sociedades «caballerescas» dispongan de un testimonio semejante en ciertas pinturas rupestres como las «naturalistas» de Fresneu (Teberga), en uno de los itinerarios de tránsito hacia la Meseta.

La cronología incierta de la diadema y de las pinturas no facilita precisiones, pero al menos la pieza de orfebrería pertenece al tiempo oscuro entre el Bronce Final y el mundo castreño, cuando las prácticas rituales habrían prescindido de la amortización sistemática de instrumentos de bronce⁴, canalizadas aquéllas hacia formas o materias distintas y de las que ahora no se conocen testimonios.

9. CANTABRIA

Ha sido sin duda la excepcional riqueza de vestigios paleolíticos en Cantabria uno de los mayores obstáculos para que, tradicionalmente, los estudios de Prehistoria Reciente en la zona se hayan visto relegados a un oscurísimo segundo plano, en el que tan sólo tuvieran cabida la descripción de unos pocos hallazgos —ciertas estructuras megalíticas, algunas cerámicas, cuando no determinadas piezas de metal— cuyo estudio, las más de las veces, fuera abordado desde una perspectiva meramente descriptiva, sin otras

⁴ Podemos preguntarnos si derivan de esa actitud el hacha de talón hallada en la gran cabaña del castro de Pendar o el «hacha de cobre» localizada en el poblado de Coaña en el pasado siglo (Flórez, 1878) o, fuera de nuestra área, la curiosa asociación de un hacha de apéndices y un vaso con denarios del poblado celtibérico de la Cuesta del Moro, en Soria (Taracena, 1932, 58-59). Volviendo a la cita de Suetonio, no deja de ser curiosa la coincidencia en el número de las segures: 12, con la docena de objetos constitutiva de algunos depósitos: 12 hachas en Alába, 12 brazaletes en Llamero (y de 12 a 14 los brazaletes de Aller), 12 piezas en Gamonedo.

consideraciones críticas. Merced a este somero aporte documental, iniciado ya desde el término del siglo pasado y principios del actual (Alcalde del Río, Carballo, etc.) y contando exclusivamente con la treintena de cobres y bronce inventariados, Jorge Aragonés (1953) esbozará la primera secuencia del Calcolítico/Edad del Bronce, santanderino entonces, adoptando para ello la periodización que algunos años antes, básicamente, pergeñara Santa Olalla, hoy obsoleta.

Ciertamente, no son muchas más las piezas que desde entonces han pasado a engrosar el elenco de materiales de la Edad del Bronce —las puntas de lanza de empuñadura tubular de Campo de Suso o Guriezo, un puñal de lengua de carpa de Hinojedo, etc.—, lo que, en principio, podría presuponer un limitadísimo avance en el conocimiento de aquella etapa en la región. La realidad, sin embargo, es en cierto sentido bien diferente. En efecto, en 1965, bajo los auspicios del Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander, conocerá la luz el primer volumen de la revista Cuadernos de Espeleología, institucionalizándose de este modo la ya añeja colaboración entre espeleología/arqueología, aún hoy vigente con publicaciones tales como el Boletín Cántabro de Espeleología. Diversos autores (Begines, Caravés, Rincón, Muñoz, etc.) de forma sistemática se harán eco de los sucesivos hallazgos arqueológicos acaecidos en multitud de simas, fruto de recogidas superficiales, cuando no de excavaciones mediante pequeñas catas de sondeo.

Una nueva etapa en la historia de la investigación prehistórica parece así afianzarse a partir de la década de los años 70, si bien los logros obtenidos distan bastante de ser considerados como idóneos. Con reiterada frecuencia, desafortunadamente, aquellos estudios no constituyen más que una mera descripción de materiales de muy discutible alcance científico; se han dado a conocer en otros sin la más elemental documentación gráfica, en tanto que gran parte de las excavaciones nunca se han llegado a publicar o lo han sido de forma muy parcial.

Se ha logrado, de esta guisa, almacenar un considerable volumen de piezas arqueológicas cuya trascendencia cultural, a falta de análisis adecuados, resulta casi siempre muy limitada, habiéndose perdido para siempre, en el caso de ciertas excavaciones, la posibilidad de extraer su adecuada lectura histórica. El afán por la recuperación de objetos parece haber sido, en suma, el móvil fundamental de tales trabajos.

La contribución de aquel colectivo permite en la actualidad contar con un amplio listado, superior al centenar, de «yacimientos con cerámica en cueva», en los que comparecen manifestaciones desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro; una documentación que, junto con las piezas de metal recuperadas, sirvió para estructurar sendas síntesis de la Prehistoria Reciente de Cantabria, firmada la primera por el C.A.E.A.P., Muñoz, Bohigas, Smith y Peñil (1984), mientras que de la segunda se responsabiliza el espeleólogo R. Rincón (1985). Sin intención de realizar una crítica minuciosa de las mismas, recordamos lo controvertido de muchos aspectos que en ellas se vierten —la forma bastante indiscriminada con que se clasifica el material

cerámico, por ejemplo—, pese a lo cual, su mérito es incuestionable.

Amén de las actuaciones de García Guinea y Rincón (1970) en el castro campurriano de Celada Marlanges, orientadas a definir arqueológicamente a los históricos cántabros, añadamos por último que la creación de la Universidad de Cantabria, a mediados de los 70, apenas si supuso un avance en el conocimiento de la Prehistoria Reciente Regional, limitado a la publicación de algunos hallazgos bronceos por parte de R. Serna, o la realización de ciertas Memorias de Licenciatura, inéditas tras su lectura hace varios años. En todo caso, justo es resaltar la más reciente de las reconstrucciones históricas, en la que González Sainz y González Morales (1986) valoran en sus justos términos muchos de los postulados que en síntesis previas ofrecieran interpretaciones de dudosa validez. Una vez más, en definitiva, el esplendoroso Paleolítico seguirá constituyendo el objetivo esencial de los programas de investigación del Área de Prehistoria de aquel centro universitario.

En fin, a manera de breve recapitulación, se puede afirmar que el conocimiento de la Prehistoria Reciente de Cantabria se halla en un estado sumamente fragmentario, al que ha contribuido de forma decisiva, tanto la parquedad de las evidencias materiales, cuanto la poca definición de muchas de ellas, las cerámicas sobre todo. Una situación, por lo demás, no muy diferente a la de otros territorios ubicados en la órbita atlántica y que, en nuestro caso, justifica que en las consideraciones que efectuemos, difícilmente, se encuentren postulados de rigurosa novedad respecto a las síntesis históricas ya conocidas.

10. LA RECUPERACION DEL PULSO ATLANTICO EN LOS INICIOS DEL BRONCE FINAL

Se debe a Briard (1965) la observación de que durante el Bronce Medio, por oscuras razones, los intercambios comerciales entre las tierras atlánticas de la Península Ibérica y las más septentrionales, galas y británicas, pujantes en los siglos precedentes (Delibes, 1985), sufrirán un considerable retroceso. En la misma idea abundarán con posterioridad diversos autores, y entre ellos Ruiz Gálvez (1987, 254), quien sintetizando algunas opiniones cifra este cambio de panorama en un proceso inicialmente determinado por la «puesta en explotación del cobre galés que pasará a proveer a los talleres de la Baja Britania, Bretaña y otras zonas de la costa atlántica». Momentáneamente, pues, la Península Ibérica perderá buena parte del protagonismo que otrora poseyese en la dinámica comercial atlántica, hasta que la expansión de los Campos de Urnas reintegren de nuevo el territorio en los seculares circuitos mercantiles, decididamente a partir de los inicios del primer milenio.

Por una serie de razones, la escasez de hallazgos esencialmente, no es Cantabria el lugar más adecuado para contrastar aquel esquema evolutivo, si bien existen determinados indicios que apuntan en la mencionada dirección. En efecto, si la espada de Entrambasaguas, de ciertos tintes atlánticos a decir de

Almagro Gorbea (1976), podría representar la excepción de influjos septentrionales durante el convencional Bronce Medio, la ruptura de este supuesto aislamiento, al término del mismo período o ya en los inicios del Bronce Final, estaría marcada por el hallazgo del palstave sin asas de Saja cuya presencia —apenas una decena en toda la Península Ibérica (Delibes y Fernández Manzano, 1977) se ha valorado como una importación desde el noroeste de Francia. Esta misma podría ser también la razón para justificar la aparición de sendas hachas de talón de un asa Novales y Requejo de diseño rectangular, filo poco pronunciado...; un modelo que reclama paralelos en tierras bretonas, donde proliferan en las XII y XI centurias. El «reencuentro atlántico» parece, pues, confirmarse también en Cantabria.

Una elemental observación del breve esbozo histórico reseñado, fácilmente revela que el mismo no constituye más que una mera adecuación al esquema evolutivo prefijado para la Europa Atlántica sin que, ciertamente, la brevedad y naturaleza del registro arqueológico permita atisbar una modificación de pautas culturales respecto a la etapa precedente, por lo demás tan ignorada como el propio Bronce Final. A excepción de las tres hachas citadas, no conocemos otros indicadores que posibiliten hablar de una renovada época histórica a partir del 1200 a. C., una circunstancia que, lejos de ser exclusiva de Cantabria, caracterizará, cuando menos desde el punto de vista de la metalurgia, a otras regiones de su entorno inmediato. La perduración de modelos arcaicos en ambientes de pleno Cogotas I, el caso de las piezas metálicas de San Román de Hornija (Delibes, 1978), por ejemplo, hablaría a las claras de la continuidad de fabricados tradicionales, con bajos contenidos en estaño y todavía arsénico en proporciones significativas, entrado ya el Bronce Final en la vecina Cuenca del Duero; observación que no haría sino corroborar la que en el mismo sentido realizara Ruiz Gálvez (1984, 362) al valorar otros aleados atlánticos de idéntica cronología.

A partir de algunos planteamientos teóricos, recientemente revisados por Ruiz Gálvez (1986), sabemos hoy que la definitiva revalorización del papel estratégico de la Península Ibérica en el comercio atlántico se producirá en el Bronce Final II, y llegará a adquirir su mayor dinamismo en la última centuria de la Edad, coincidiendo con el horizonte Venat. Como para la etapa anterior, también ahora se conocen algunos hallazgos que posibilitan adecuar el Bronce Final de Cantabria a aquella secuencia, concretamente a partir de casi una decena de hachas de talón de una y dos asas, unas pocas puntas de lanza de empuñadura tubular, amén del puñal de lengua de carpa de Hinojedo y el célebre caldero de Cabárceno. Entre las primeras, y aún conscientes de su limitado alcance como fósil director, podemos aventurar que las piezas de Salcedo, Peña Cabarga y Escobedo de Camargo, de una sola anilla, se colaron durante el Bronce Final II, algunos paralelos meseteños apuntan en este sentido (Fernández Manzano, 1986, 62-71) en tanto que las de Cabezón, San Vitores y acaso Ruiloba, sin nervaduras en la hoja y con la garganta poco marcada, debieron fabricarse muy avanzada esa misma fase, o, posiblemente,

ya durante el Bronce Final III (Fernández Manzano, 1986, 116-117). Problemática asimismo sería la clasificación de las puntas de lanza de empuñadura tubular, hasta el punto de que, con excepción de unos pocos tipos bien definidos, la mayoría de estas armas aún hoy, imprecisamente, han de ser datadas como «del Bronce Final». Conocemos tres ejemplares en Cantabria: Cueva Cervajera, Pico Cordel e Hinojedo y en los tres podría atisbarse algún rasgo afín a los modelos de tipo Venat, en especial el esquema romboidal de la hoja. Difícilmente, sin embargo, se puede aceptar sin más aquel paralelo, pues no deja de ser cierto que datos como la mayor longitud de tubo exento, en el caso de Cueva Cervajera, o la no menor similitud de las dos restantes con piezas burgalesas del tipo Huerta de Arriba (Fernández Manzano, 1986, 52) —marcado ensanchamiento en ángulo de los alerones en el primer tercio de su desarrollo, por ejemplo—, permitiría retrotraer su cronología hasta el término del Bronce Final II o los inicios del siguiente período, hacia el 850 a. C.⁵

Menor dificultad interpretativa es la que ofrece el puñal de Hinojedo, una auténtica reproducción de ciertas piezas de la Ría de Huelva (Almagro, 1958, E 1, 39-14), 66), y por ende con una cronología próxima al 850 a. C.; mientras que, recordamos por último, la difusión de los calderos claveteados del tipo B de Hawkes se centra fundamentalmente en el Ha C, por más que algunos ejemplares, el británico de Islehan, por ejemplo (Coombs, 1975), se haya datado entre el 950/900 a. C., una fecha que no ha de despreciarse para el montañés de Cabárceno. Tan sólo unos pocos objetos de metal, pero cualitativamente expresivos para advertir la mayor complejidad cultural que acaece durante las últimas centurias del Bronce.

Cuestión bien diferente, sin embargo, sería evaluar en sus justos términos la presencia de aquellas manufacturas metálicas, saber, en suma, si la «vocación atlantista» de Cantabria adquirió la misma intensidad que en el resto de la Cornisa, o, por el contrario, si se atisba aquí algún rasgo singular que la diferencia de otros territorios aledaños. Nuestra impresión en este sentido, ya esbozada, es que la zona constituyó un foco de escaso interés para los mercaderes nordpirenaicos.

En apoyo de esta idea, baste recordar que no existen modalidades tipológicas bronceas que podamos tildar de específicamente regionales, lo que vendría a delatar la ausencia de grandes talleres fundidores; expresiva asimismo sería la escasez, relativa incluso, de hallazgos metálicos —apenas una quincena para todo el Bronce Final—, frente al centenar largo de los asturianos o los más de doscientos en Castilla y León que en modo alguno puede justificarse por una cuestión de azar; como de definitivo podemos considerar el hecho de que las mineralizaciones de cobre y estaño en el territorio, prácticamente brillen por su ausencia.

Una elemental valoración del minerío involucrado en la metalurgia del bronce (Mapas metalogenéticos

⁵ A fin de no reiterar las citas bibliográficas correspondientes a los hallazgos metálicos del Bronce Final de Cantabria, advertimos que, todas ellas, se hallan reflejadas en las síntesis prehistóricas previas que refiriéramos en la introducción del correspondiente capítulo.

1:200.000) pone de manifiesto la paupérrima dotación regional de cobre —piritas casi siempre, ubicadas en la zona de Escobedo-Miengo, cerca de Entrambasaguas, además del foco meridional de La Palomera—, una mucho más acusada carencia de estaño —exclusivamente la insignificante mineralización de óxidos e hidróxidos próxima a Peña Sagra—, siendo tan sólo el plomo el que adquiera una cierta entidad. Los criaderos más significativos se sitúan en el sector oriental, en torno a Ramales de la Victoria, un segundo delimitado por las poblaciones de Comillas, Novales, Ruiloba, etc., completándose el panorama con algunos focos aislados —San Vicente de la Barquera, Peña Labra, Reocín, etc.—, de muy desigual interés. Una relativa abundancia de plomo, relevante incluso en el caso de Reocín, pero que, pese a todo, debió ser poco importante para justificar el establecimiento de unas vías comerciales de enjundia. Sin negar con rotundidad aquella posibilidad, sabemos del valor secundario que dicho metal adquirió en la metalurgia del bronce, y, en todo caso, parece razonable admitir que su beneficio, en los últimos compases de la Edad, cuando fue posible, se debió realizar en aquellas zonas donde ya existía una tradición minera, a partir de las explotaciones de cobre y/o estaño.

Sin que tampoco existan indicios razonables para catalogar la región, a la manera de la fachada atlántica del centro de Portugal, por ejemplo, como un foco distribuidor importante, la sensación que poseemos es que Cantabria gozó de un atlantismo marginal, diferente sin duda del de sus vecinos, Asturias y el norte del Duero, donde el beneficio de sus abundantes recursos cupríferos va a ser incentivado por la expansión hacia Europa Occidental de los Campos de Urnas. Más aún, este aislamiento «sui generis» pudiera también delatarlo la excepcionalidad de espadas u otros objetos de prestigio recuperados, joyas, cuya presencia, como plantea Ruiz Gálvez (1987), inicialmente, es factible considerarla a modo de «regalos políticos» que habrían contribuido al establecimiento de redes comerciales. La rareza de objetos de valor simbólico e ideológico —excepción hecha del caldero de Cabárceno y el puñal de Hinojedo— acaso habría que atribuirlo a que nunca hubo necesidad de crear un entramado comercial importante, en una zona donde el objeto principal de intercambio, Cu y Sn, poseen una ínfima importancia. Por supuesto, no pretendemos con ello negar la existencia de centros fundidores locales —de hecho existe cobre—, donde incluso es posible se elaboraran buena parte de los bronce inventariados. Insistimos, no obstante, en que tal metalurgia adolece de personalidad propia y que sus producciones no son sino copias de las de otras regiones, cuando no auténticas importaciones. Repetidas veces se ha señalado el alineamiento cultural de la región con el País Vasco, partiendo para ello del estudio de materiales cerámicos localizados en cuevas y su proyección sobre la estratigrafía de algunas simas vascas. Santimamiñe como paradigma (Apellániz, 1975). Se plantea así una comunidad cultural con Vascongadas, avalada en cierta manera por la coincidencia en la escasez de hallazgos de bronce.

Efectivamente, al igual que en la vertiente litoral del País Vasco, también las tierras costeras de Cantabria hasta el oriente asturiano conocieron la ocupación de la «Cultura de las Cuevas», cuyo análisis se hace de este modo imprescindible para conocer el sustrato cultural de la zona. Deliberadamente, sin embargo, eludimos hacer un estudio pormenorizado de la misma, y ello en virtud de una serie de razones, caso de que la amplitud cronológica de aquella «cultura» excede ampliamente los límites del período que ahora analizamos, el Bronce Final; el hecho de que el propio yacimiento que sirviera de base para la periodización, Santimamiñe, ofrezca una estratigrafía artificiosamente reconstruida, cuestionada en numerosas ocasiones (Arias, Martínez y Pérez, 1986), cuanto que la bibliografía al uso para las cuevas de Cantabria no constituya más que una forzada adaptación a dicha secuencia, en ocasiones con notables errores de bulto.

Siempre con un razonable carácter de provisionalidad, Rincón (1982; 1985, 154-158) establece las características de la etapa postrera del Bronce, sirviéndose para ello del clásico concurso tipológico-comparativo aplicado al análisis de metales y cerámicas, cuanto del apoyo de la secuencia estratigráfica, nunca publicada en su totalidad, de la cueva Castañera (Obregón), en palabras del autor: «la única con estratigrafía medianamente clara». Merced a los mismos, a una fase transicional Bronce Medio/Final, y ya durante todo el resto de la etapa, corresponderían cerámicas con tendencia al biselado en la sección de los bordes, barro con decoración en surco paralelo subrayados por puntos diagonales, en espiga o no, verdugones entrelazados, grandes vasijas de perfil ovoide con decoración plástica a base de cordones y dedadas, algunas peinadas..., todo un dilatado repertorio cuya característica más importante reside en el gran confusionismo que su clasificación encierra; poco más que para afirmar la utilización de cavernas entre el Neolítico y la Edad del Hierro. El método «espeleoarqueológico» reiteradamente elogiado como mecanismo de aproximación cultural se manifiesta de este modo absolutamente inoperante.

Lo cierto es que pese a las innumerables catas, sondeos y recogida superficiales de material en una larga lista de yacimientos, se carece de un marco secuencial adecuado para definir el mundo postpaleolítico de Cantabria, en tanto la referencia habitualmente utilizada para identificar el Bronce, el nivel II de Santimamiñe, podría corresponder en realidad al Calcolítico (Cava, 1975), con lo que todo el equipo cerámico atribuido al Bronce Final sería mucho más antiguo. No deja de ser verdad, pese a todo, que incluso en Vascongadas, donde estudios de esta naturaleza gozan de una probada tradición, el panorama de este tipo de ocupaciones dista mucho de haberse despejado adecuadamente. La afirmación de Armendáriz y Etxebarria (1983, 347) a propósito de la cronología de las cuevas sepulcrales guipuzcoanas: «desde el Eneolítico hasta época tardorromana sin que se distingan los ritos típicos de un momento y otro», resulta asaz elocuente.

Sea como fuere, lo que parece ofrecer pocas dudas, a la postre lo que ahora nos interesa, es contrastar que aquí también existieron poblaciones que tras el Paleo-

lítico siguieron utilizando las cuevas, bien como lugar de habitación, enterramiento o culto, y que los materiales cerámicos en ellas recuperados hallan fácil parangón entre los repertorios vascos de similar ambiente. La conexión vascongada durante «grosso modo» la Edad del Bronce, resulta incontestable; un hecho que ya pusiera de manifiesto Apellániz (1981) al fijar la expansión occidental del grupo Santimamiñe, si bien, matizando que «se trataría de una población de cavernas más, sin que se le pueda confundir o identificar con el País Vasco». González Sainz y González Morales (1986, 312) abundarán en idéntico sentido cuando refieren: «... el carácter de los materiales del País Vasco difieren de modo muy notable de la realidad material de Cantabria: en los ámbitos de relación (Pirineo Oriental y Valle del Ebro, de un lado, Asturias y la Meseta de otro) representan contextos generales muy distintos y no se pueden reducir uno a otro sin pérdida de rigor».

No es fácil, pese a todo, individualizar los rasgos peculiares de uno y otro sector cantábrico, una tarea que, en principio, abordamos a partir de la presencia o no de influjos de Campos de Urnas. Recordemos, a modo de contraste, que iniciado el primer milenio, grupos incineradores se van a instalar en las planicies vascas aguas al Ebro imponiendo un tipo de poblamiento ignorado, sin embargo, no sólo en Cantabria sino también en la propia franja costera de Euskadi, en los dominios del grupo Santimamiñe. No parece significar ello, con todo, que las influencias de tales contingentes hubieran pasado desapercibidas en estos últimos territorios, donde Rincón (1985, 155-160) y Ugartechea (1966, 144, fig. 2,7), entre otros, han vislumbrado algunas similitudes entre el repertorio cerámico. La cuestión, sin embargo, está lejos de resolverse satisfactoriamente.

Sin pormenorizar en argumentos, sirva de ejemplo que algún recipiente con decoración acanalada de la cueva del AER (Ramales de la Victoria), reproducidos en el nivel IIa de Santimamiñe, hallan ajustada equivalencia en el repertorio del grupo de Campos de Urnas de Duffaits (Gómez, 1980, fig. 34,14). Paradójicamente, los primeros se han datado en el ocaso del Bronce Medio; al Calcolítico, como vimos, debieron pertenecer los segundos, mientras que la cronología de los grupos más occidentales con cerámica excisa de génesis nordpirenaica en la Península Ibérica, no parece puedan remontar los inicios del siglo X. Más clarificador en este sentido podría ser el dato aportado por Coffyn (1979, 641), quien descubriera en Lisboa sendas cerámicas excisas equiparables a las del Ebro, y cuya procedencia, sorprendente, era Santillana del Mar, acaso la misma Altamira. El hallazgo vendría así a sancionar definitivamente la proyección de Campos de Urnas sobre Cantabria, razonable siguiendo el curso de aquel río, si bien no podemos por menos que manifestar nuestras reticencias acerca de la correcta localización del mismo. Que sepamos, ninguna otra cita escrita existe referenciando el mencionado descubrimiento. Nada más, pues, que unas posibles influencias de Campos de Urnas cuyo alcance, siquiera por una mera consideración de proximidad geográfica pudo ser más intenso en el área septentrional del País

Vasco; por supuesto, siempre teniendo en cuenta la dificultad de trazar fronteras culturales nítidas.

Fruto de una recogida superficial en la cueva del Linar (La Busta), se conoce un fragmento cerámico decorado con la técnica del «punto en raya», además de sendos punzones de hueso y otros materiales de diversa naturaleza. Sin valor diagnóstico en el caso de las piezas óseas, la presencia de dicha cerámica, el único ejemplo conocido en toda la Cornisa Cantábrica, pondría de relieve una vez más la proyección cultural meseteña sobre Cantabria en un momento que, sin embargo, no resulta fácil de precisar. Por más que, en efecto, sean excisión y boquique las técnicas decorativas que mejor personalizan la cultura de Cogotas I en su momento de esplendor, entre los siglos XI y finales del XII, sabido es que los primeros boquiques se constatan ya en ambientes neolíticos, perpetuándose entre las gentes del mundo Protocogotas antes de alcanzar su desarrollo máximo durante el Bronce Final. Se trataría así de adecuar a esta larga secuencia evolutiva el fragmento del Linar, y ello a partir del análisis de sus rasgos más ilustrativos, forma y ornamento. A destacar de la primera, un fragmento de carena media muy marcada, que en absoluto coincide con los diseños más usuales, sean de la época que fueren, del repertorio cerámico cogotiano, mientras que otro tanto cabría apuntar de la decoración, cierto que un boquique, acaso de una etapa avanzada a partir de su acusado «sentido de la línea», pero con un esquema compositivo —dientes de sierra de grandes proporciones— es prácticamente único (Fernández Posse, 1986, fig. 1, 2 y 3.). Más que una típica cerámica Cogotas I, parece tratarse de una mera recreación local de aquel tipo decorativo, plasmado, por lo demás, en un inusual recipiente cuya factura aparenta una tosquedad en absoluto comparable a los siempre cuidados vasos de Cogotas. Así las cosas, tan sólo el hecho de que la expansión peninsular de aquella cultura acaeciera durante el Bronce Final, permitiría intuir una cronología similar para el fragmento en cuestión.

Con la provisionalidad que impone tanto la falta de datos, cuanto el precario método de obtención de muchos de ellos, Cantabria durante el Bronce Final se perfila como un territorio de personalidad poco contrastada, marginado de las más importantes corrientes culturales ibéricas de la época, y cuyos rasgos constitutivos básicos se concretarían en un sustrato indígena, identificado y mal definido a partir del «mundo de las cuevas»; el componente atlántico subsidiario de los focos metalúrgicos astur-meseteños; una cierta permeabilidad a influencias de Cogotas I, cuanto la confusa proyección de grupos incineradores. Un diseño que, tal como muestra la dispersión de hallazgos, no es posible aplicar de forma unitaria a todo su ámbito geográfico.

En efecto, la dispersión de hallazgos atribuibles al Bronce Final, cuanto en general a toda la Edad, revela la existencia de sendas áreas de colonización humana: el costero, representado por los grupos de las cuevas, además de determinados hallazgos de metal, y el más meridional, culturalmente vinculado a la Meseta Norte, allí donde es posible se inicie ahora la gestación de un proceso, hoy desconocido, que en

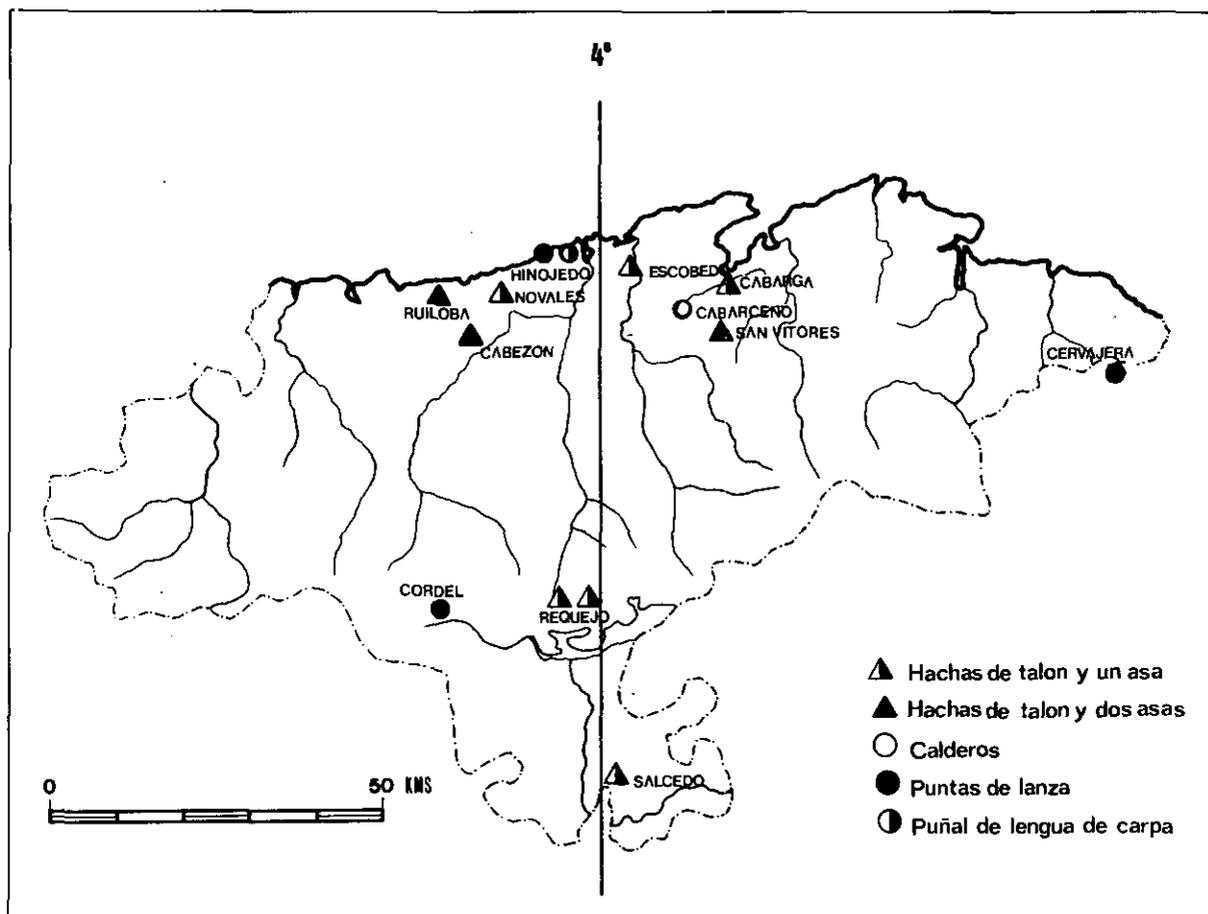


FIG. 3. Hallazgos metálicos del Bronce Final en Cantabria.

último término derivará en la aparición de los históricos cántabros. Entre ambas zonas, coincidiendo aproximadamente con los pisos montano inferior y colino de la cliserie regional, se dibuja una tercera franja desprovista de hallazgos, en un territorio en que, paradójicamente, se ubican las tierras más favorables para las actividades agropecuarias (Frochoso, 1986, 47-48).

A diferencia de Asturias donde, como vimos, se ha contrastado una ocupación del territorio relativamente homogénea, los mismos lugares que siglos atrás colonizaran las gentes dolménicas, en Cantabria, donde se reitera esta última circunstancia, no es posible siquiera afirmar la presencia humana en toda la Comunidad —la falta de prospecciones es sin duda la mayor responsable de este vacío—, en tanto que, cual apuntáramos, la naturaleza y localización de los descubrimientos impondría la necesidad de un análisis diferenciado de una y otra zona, costera y foramontana, advirtiendo, empero, la conveniencia de hacerlo de forma conjunta, por ejemplo, al valorar el tinte atlántico en que ambas se ven inmersas.

Descartada de antemano la falsa sensación de homogeneidad que pudiera inferirse de la dispersión de los hallazgos metálicos —no existe, como es sabido, una cultura atlántica—, la lectura económica, social y/o religiosa que pudiera obtenerse del estudio de armas y utensilios de metal, queda absolutamente

minimizada, en nuestro caso, como consecuencia de lo restringido del elenco. Ninguna pieza, en efecto, delata una actividad funcional, utilitarista; tampoco entre el repertorio se incluye el más genuino elemento de rango y estatus, la espada, en tanto que la sugestiva finalidad votiva, acaso socioreligiosa, que plantea Bradley (1988) para las hachas de talón, no rebasaría el límite de la mera probabilidad.

No sería justo, pese a todo, negar un significado cultural a tales fabricados, recordando a este respecto que se erigen en los únicos vestigios de la presencia humana en determinados sectores y que, en definitiva, por mínimos que sean, hallazgos como el caldero de Cabárceno nos hablan de un tipo de estructura social marcadamente jerarquizada. Recordar asimismo que el propio caldero de Cabárceno y el hacha de talón de Novales, se localizaron en el interior de sendas minas, reflejando, como atrás apuntáramos, atávicos rituales de reconciliación con la naturaleza.

Sabemos, a partir de la distribución de este tipo de descubrimientos, de la importancia de los ríos como vías de comunicación entre las tierras más meridionales y las marinas —los hallazgos de Reinosa, Pico Cordel, etc., en las cabeceras del Nansa, Saja y Besaya, y las hachas de Saja y Novales o la lanza y puñal de Hinojedo en el curso bajo de tales ríos lo delataría—, cuanto que las piezas recuperadas en el sur posibilitan afirmar el carácter de la zona como lugar de tránsito

hacia el norte de Palencia, por Piedras Luengas, y hacia la depresión del Ebro, aguas abajo de dicha corriente.

Sin apenas recursos mineros y con unas malas perspectivas para las actividades agropecuarias, Cantabria, durante casi toda su Prehistoria Reciente ha sido considerada como una zona pobre (González Saiz y González Morales, 1986, 345-346): grupos pastoriles que sin grandes cambios habrían perpetuado sus formas de vida cavernícola de tiempos pretéritos; cuya caracterización económica sintetiza Clark (1986) a partir de documentación de procedencia vascongada, fundamentalmente. Se trataría de grupos pastores de bóvidos y ovicápridos, que apenas debieron practicar la agricultura, y que completan su dieta con la recolección de bellotas, castañas y piñones, amén del aporte cinegético —ciervo y jabalí, sobre todo en progresivo retroceso—. En las tierras del sur, por su parte, salvo los hallazgos metálicos reseñados se adolece también de otros documentos con los que abordar una aproximación de esta naturaleza. De forma genérica, no obstante, algunos análisis polínicos —turbera del Cueto de la Avellanosa, en Pico Cordel; Pico Sertal en Peña Sagra y Puertas de Riofrío, en los Picos de Europa (Dupré, 1988, 120)— ponen de manifiesto que, como en el resto de la Europa Templada, a partir del Subboreal se producirá un retroceso de los porcentajes de pólenes arbóreos del que parece segura responsable, entre otros factores, la intervención humana. En franca coincidencia se manifestarán los resultados obtenidos en las cuevas del Salitre (López, 1986, 148) y El Juyo (Leroi, 1987, 60-61). Por todo caudal, no más que unos pocos datos que, con auténtico carácter de provisionalidad han permitido esbozar los componentes socio-culturales de una etapa, el Bronce Final, cuyo ocaso se ha hecho coincidir con la arribada de pueblos indoeuropeos quienes, desde los inicios del primer milenio, habrían comenzado a dejar sentir sus influjos —los controvertidos restos cerámicos ya mencionados—, implantándose definitivamente entre el 800/500 a. C. (Rincón, 1985, 194). Estudios toponímicos, con algunas matizaciones (González Echegaray, 1986, 56-57), coincidirán con aquel planteamiento, respaldado en su caso a partir de evidencias arqueológicas.

11. UNA INDEFINIDA EDAD DEL HIERRO

Dicha cuestión, sin embargo, merece algún tipo de precisiones, una vez más a partir de la escasa entidad de los materiales cerámicos que, presumiblemente, confieren personalidad a la etapa, en especial a su primera fase. Si no deja de ser cierto que, en efecto, piezas como el vaso troncocónico de Cueva Cervajera encuentran paralelos entre el repertorio cerámico del horizonte PIIB de Cortes de Navarra (Maluquer, 1958, lám., XXXVII) o, más genéricamente en la forma 9 (superficie exterior pulida) de la sistematización de Castiella para Navarra y La Rioja, también de la primera Edad del Hierro (Castiella, 1977, 258), no es menos cierto que el resto de las cerámicas que se han atribuido al inicio de esta Edad (Smith y Muñoz, 1984, 129-129) ofrecen una considerable ambigüedad

cronológica. Como más significativos, ciertos recipientes de paredes globulares, fondos planos y bordes más o menos vueltos —cuevas de Cudrón, Coventosa, La Brasada, etc.— con determinadas coincidencias en los barrotes del tipo I (con la superficie pulida) de Castiella (1977, 237), del primer Hierro; afinidades no menores con los modelos que la propia autora incluye en su tipo 10 (Castiella, 258), manufacturados entre finales del Hierro I y mediados del siglo III: o, incluso, con otros más tardíos —forma 6 de superficie sin pulir— que llegarán a convivir con recipientes tornados en los inicios del segundo Hierro.

Idénticos diseños, u otros de cuellos cilíndricos, asimismo ovoideos, comparecen en los paquetes I (estrato B) y II (estratos B 1, 2, 3, 4 y C) de la secuencia de Los Husos (Apellániz, 1976, figs. 14, 29, 35 bis, 41, 48, etc.), entre el Calcolítico y el Bronce Final; todo ello como un claro exponente del limitado valor que como indicativo cultural poseen tales formas; situación que por lo demás se reitera al analizar decoraciones «a peine» o cordones aplicados, con o sin decorar, consideradas también como distintivo del Bronce Final avanzado o primera Edad del Hierro. El Hierro de Cantabria, cuando menos hasta el momento representado por el castro cántabro de Celada Marlantes —s. II/I—, aparece como un período escasamente definido, pese a que para el mismo se ha propuesto una secuencia evolutiva (C.A.E.A.P., 1984, 115-116) cifrada en un progresivo abandono de los valles costeros y subsiguiente trasiego humano hacia el sur, donde hallarán acomodo entre grupos de raigambre europea allí establecidos. Se explicaría así la gran parquedad de hallazgos fuera de los enclaves meridionales, en un proceso inicialmente motivado por la quiebra del sistema económico de las zonas bajas y la necesidad de adoptar un modelo pastoril de alternancia estacional, bien experimentado ya entre las gentes indoeuropeas del alto Ebro.

Por más que sugerente, lo cierto es que el esquema adolece de un adecuado respaldo arqueológico; pudiendo hoy, a la luz de recientes hallazgos, efectuar algunas precisiones que, lo adelantamos, en poco aclaran el confuso panorama de la convencional primera Edad del Hierro. Nos referimos en concreto a los descubrimientos de Smith (1985) en diversas cuevas del municipio de Matienzo, en el oriente de Cantabria.

Sería el caso de la hoja de puñal de tipo Monte Bernorio y una pieza de escudo (de sección en «v» y apéndice lateral que termina con extremo en anilla) recogidas junto con un hacha y un pequeño regatón en la cueva de Cofresnedo, o las referencias, menos precisas, de sendas puntas de lanza de hierro con la hoja maciza y sección losángica, procedentes de la caverna de Sel de Suto (Matienzo) y Riaño de Saja la segunda (Deibe, 1988), unas formas habituales ya en muy variados ambientes, no sólo de los inicios del segundo Hierro, cuanto del resto de la Edad. Con tales datos, se puede proyectar una cronología para los mismos inicialmente de cierta amplitud, entre los siglos IV y II, pero susceptible de matizar a partir de la datación de una cuenta de collar vítrea de tipo cartaginés procedente del mismo recinto de Cofresnedo, del siglo III a. C., además de la cronología de la pieza

Monte Bernorio que, aún cuando carezca de los dos elementos que mejor la singularizan, como y vaina, parece identificarse con los diseños más evolucionados, de hoja ancha y perfil cóncavo-convexo, de fines del período arriba propuesto (Cabré, 1931).

A su vez, la revisión de los materiales cerámicos de aquellas cuevas pondrían de manifiesto su afinidad con los citados de Cudrón, Coventosa, etc., haciendo así razonable la suposición de que todos estos hallazgos ofrecen una cronología afin. Como en el núcleo castreño meridional, Celada como paradigma, se va perfilando la existencia de una tardía Edad del Hierro en el resto del territorio, delatada hoy mediante unos pocos hallazgos, en tanto que los atribuibles al primer Hierro, restan cada vez más ignorados.

La evolución del Hierro en Cantabria se estructuraría de este modo en una primera fase, hasta el siglo III a. C., de aceptar la referencia más antigua de Cofresedo, y más probablemente en el II, coincidiendo con la datación del Castro de Las Rabas, en Celada Marlantes. En la misma, sólo podrían tener cabida algunas piezas cerámicas, comunes por lo demás a muy diversos ambientes culturales, y en su inicio es posible también se apagarán los últimos ecos del Bronce Atlántico (Cervajera, Cabárceno, etc.). Con toda la vaguedad que la definición encierra, su desarrollo podría adecuarse al modelo propuesto para el Hierro en la costa vasca: «...la cultura del Bronce sobrevivió durante la del Hierro» (Apellániz, 1974, 344), o el que en idéntico sentido se ha propugnado para la zona más septentrional de la provincia de Burgos (Sacristán de Lama y Ruiz Gálvez, 1985, 206), y que, en definitiva, no encierra más que el profundo desconocimiento que acerca de la etapa se posee.

La inauguración del nuevo período, hasta la conquista romana, coincidiría con la presencia de elementos tardíos de los mal llamados grupos posthallstáticos del reborde nordoriental de la Meseta Norte, *los históricos cántabros; quienes de sus antecesores del Bronce Final, los fundidores de los grandes talleres burgaleses y palentinos, heredarán un gran dominio técnico en el trabajo de los metales.* Contrastadas algunas de sus características culturales a partir de la excavación de Celada Marlantes, en el solar cántabro de la región, el resto de los hallazgos de la época, como vimos, ofrecen una distribución, fundamentalmente, en el sector oriental, coincidiendo con la red hidrográfica del río Asón. Fuera del mismo, los descubrimientos de Cudrón (Miengo), junto al curso bajo del Besaya, y la punta de lanza de Riaño de Saja, completarían un repertorio que estamos seguros se vería considerablemente ampliado con una labor de rastreo arqueológico sistemático. Por más que la muestra no sea demasiado representativa, lo que parece confirmar una vez más es el importante papel de los ríos como vía de difusión cultural, en el primero de los casos, al este, en una zona donde la orografía se muestra más favorable para el tránsito hacia las tierras meseteñas. *Los intercambios comerciales con el norte del Duero y Campoo —en modo alguno aquellos pocos hallazgos de metal delatarían la existencia de un sustrato cultural homogéneo— se perpetúan ahora, aunque, como en el Bronce Final, amén de contrastar su existencia, ignoramos cuales fueron los*

bienes entregados a cambio, su magnitud... en suma, su manera de operar en el sistema y sus consecuencias.

Con una documentación escasa y deficientemente sistematizada es nuevamente la síntesis de Clark la mejor referencia para, siquiera vagamente, aproximarnos a la realidad económica de tales grupos: unos patrones de uso de plantas y animales de considerable antigüedad (reducida importancia de la agricultura y recolección como complemento; aprovechamiento preferente de ovicápridos y bóvidos, etc.) y expresiva, en todo caso, su afirmación acerca de la gran dificultad de desvelar por medios arqueológicos las estrategias económicas en períodos previos al Hierro avanzado, donde el concurso de las fuentes escritas harán posible una reconstrucción más precisa de tales actividades. La secuencia polínica de los yacimientos atrás mencionados, abundarían en la progresiva antropización del medio durante el transcurrir holoceno. Asimismo, y renunciando deliberadamente a efectuar un análisis del siempre controvertido «arte rupestre esquemático», no dudamos que alguno de los conjuntos artísticos así caracterizados pudieron realizarse durante la Edad del Hierro. De este modo lo entienden Muñoz y Serna (1985) quienes, para la casi treintena de las estaciones con arte esquemático —abstracto— (ubicadas todas ellas en la mitad septentrional de Cantabria) propugnan unas fechas entre los siglos V y I a. C.

Paralelamente, en los territorios de Cantabria meridional, son todavía las excavaciones que García Guinea y Rincón realizaron hace una veintena de años en el castro de Las Rabas de Celada los únicos testimonios para abordar su caracterización cultural. Cual aquellos autores relatan, se trata de un recinto castreño amurallado parcialmente, cuyo emplazamiento ofrecería alto valor estratégico al controlar la vía natural de penetración, el Pozazal, desde Castilla hacia Cantabria. Sus distintivos arqueológicos más significativos —de un único nivel de ocupación— se concretan en la presencia de un equipo cerámico a mano (decorado en ocasiones con sogueados, impresiones a ruedecilla, etc.) y otro grupo menos numeroso de recipientes torneados de raigambre celtibérica; destacando asimismo algunas manufacturas metálicas, hierros y bronce. Siempre aludiendo a su mayor significado, sobresalen entre los primeros navajas y cuchillos de hoja recta y afalcatada, en tanto que fibulas de ballesta, torrecilla y en omega, se erigen en los tipos bronceos más peculiares.

Como manifiesta afirmación de sus vínculos con las culturas meseteñas, nos recuerdan tales investigadores que gran parte de los materiales, sean cerámicos o de metal, encuentran ajustados paralelos en las tierras del Duero, proponiendo una cronología para el yacimiento de los siglos II/I a. C., luego confirmada mediante referencias obtenidas en Monte Bernorio. A partir de la coincidencia de ciertas técnicas constructivas del recinto interno del castro palentino con el de las Rabas, Esparza (1982) ha argumentado una serie de razones —estratigráficas, tipológicas e histórico/arqueológicas— que, en efecto, han permitido refrendar aquella datación.

A diferencia de Monte Bernorio, sin embargo, donde algunos hallazgos —un caldero de remaches o la propia cabaña que el muro fosiliza— delatan una ocupación del lugar acaso desde el Bronce Final, ningún indicio fiable revela la existencia en Celada de un poblamiento anterior al siglo II, y ello a pesar de que determinadas cerámicas a mano se hayan tildado de indígenas, en un claro deseo de conferirles mayor vetustez. En idéntico sentido, y aún cuando, efectivamente, los prototipos de las fibulas reseñadas remonten algunos siglos atrás, parece conveniente fecharlas en un momento avanzado de su período de vigencia, haciéndolas coincidir de este modo con la cronología que se propone para el yacimiento. No sin cierta dosis de intuición, suponemos que el castro de Celada se erigió «ex novo» en un momento no muy alejado del amurallamiento de Monte Bernorio, y que, como en este caso, pudo ser la respuesta al momento de inseguridad creado por el inicio de las operaciones militares romanas en la zona.

Con estos precedentes, difícilmente se pueden rastrear génesis e influencias culturales a los cántabros de Celada en su propio territorio, donde los vestigios cronológicamente más próximos remontan a las hachas de talón de Requejo o Salcedo, fabricadas cuando menos cinco centurias atrás. Pese a que tampoco es demasiado halagüeño el panorama de la segunda Edad del Hierro en la Cantabria de la Meseta —recordemos, por ejemplo, la nunca publicada memoria de la excavación que San Valero realizara en Monte Bernorio, o incluso la problemática identidad

cultural de los grupos Miraveche-Monte Bernorio—, es aquí donde hoy se pueden obtener consideraciones más precisas acerca del proceso formativo de la etnia cántabra. Fuera de nuestro espacio geográfico de estudio, renunciamos, consiguientemente, a su análisis, recordando tan sólo que, bien por mero reduccionismo, bien a partir de los propios materiales de Celada, sabemos de sus vínculos hallstáticos —fibulas—: las técnicas constructivas de su muralla denotarían unos influjos, controvertidos, laténicos, en tanto que la presencia de materiales de raigambre celtibérica —cerámicas, mangos de hueso, una esquila y una reja de arado, ambos de hierro, etc.— pondrían de manifiesto la importancia de sus relaciones con el mundo meseteño en momento tardío de la expansión o difusión de manufacturas —el proceso celtiberizador, genéricamente— de tales pueblos, en lo que parece constituir su límite de expansión más septentrional. Existen, bien es cierto, algunas cerámicas torneadas con decoración pintada en la norteña cueva de Las Cáscaras (Bohigas, Muñoz y Peñil, 1985, 140-142) con innegables reminiscencias celtibéricas; si bien, como estos autores relatan, constituirían tan sólo materiales de aquella tradición, fechables ya en un contexto tardío, de época romana. Nada más, pues, que unos pocos distintivos, insuficientes a todas luces, para definir una Edad del Hierro con personalidad en Cantabria, e ilustrativa una vez más para afirmar la paradoja de que el núcleo esencial de los pueblos cántabros se halla fuera de los límites de la actual Cantabria.

BIBLIOGRAFIA

- M. Almagro 1958. *Inventaria Archaeologica. El depósito de la Ría de Huelva*, Madrid.
- M. Almagro Gorbea 1976. La espada de Entrambasaguas. Aproximación a la secuencia de espadas del Bronce en el Norte de la Península Ibérica, en *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, III, Santander, pp. 455-477.
- J. M. Apellániz 1974. El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco, *EAA.*, VII, Vitoria.
- 1975. El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica, *Munibe* 1-2, San Sebastián.
- 1981. Organización del territorio, arquitectura y concepto del espacio en la población prehistórica de las cuevas del País Vasco, en *El hábitat en la Historia de Euskadi*, Bilbao, pp. 29-45.
- P. Arias, A. Martínez y C. Pérez 1986. La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias), en *BIDEA*, 120, Oviedo, pp. 1259-1289.
- A. Armendáriz y F. Etxeberria 1983. Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce de Guipúzcoa, en *Munibe*, 35, 3-4, San Sebastián, pp. 247-353.
- M. A. de Blas Cortina 1983. *La Prehistoria Reciente en Asturias, Est. de Arqueología Asturiana*, nº 1, Oviedo.
- 1984-1985. El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares, en *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 277-296.
- 1985 (en prensa). La minería metálica del cobre en las montañas astur-leonesas, en *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas, Coloquio Internacional Asociado*, Madrid.
- R. Bohigas, E. Muñoz y J. Peñil 1984. Las ocupaciones Recientes en las Cuevas de Cantabria, en *Las Culturas Prehistóricas en las Cuevas de Cantabria*, en bec, 4, septiembre, Santander, pp. 140-159.
- R. Bradley 1988. Hoarding, Recycling and the consumption of prehistoric metalwork: technological change in Western Europe, en *World Archaeology*, 20, 2, London, 249-260.
- J. Briard 1965. *Les dépôts de bronzes bretons et l'Âge du Bronze Atlantique*, Rennes.
- M. Busto 1984. *Historia del concejo de Carreño en la General de Asturias*, Gijón.
- J. Cabré 1931. Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas, *A.E.A.*, Madrid.
- C.A.E.A.P. 1984. Las culturas prehistóricas con cerámica, en *Las culturas Prehistóricas en las Cuevas*

- de Cantabria, bcc., 4, septiembre. Santander, pp. 103-128.
- J. Carrasco, J. A. Pachón y M. Pastor 1985. Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fibula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada), en *C.P.U.G.*, 10, pp. 265-333.
- A. Casticlla 1977. *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*, Pamplona.
- A. Cava 1975. La industria lítica de los niveles postzilienses de Santimamiñe (Vizcaya), *Sautuola I*, Santander, pp. 53-73.
- G. A. Clark 1986. El nicho alimenticio humano en el Norte de España desde el Paleolítico hasta la romanización, *T. de P.*, 43, Madrid, pp. 159-184.
- A. Coffyn 1979. La ceramique excisee dans l'ouest de la France, *XV CNArq*, Lugo, 1977, Zaragoza, pp. 631-654.
- 1985. *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Iberique*, Paris.
- A. Coffyn, J. Gómez y J. P. Mohen 1981. *L'apogée du Bronze Atlantique. Le dépôt de Venat*, Paris.
- D. Coombs 1975. Bronze Age Weapons Hoards in Britain, *A.A.*, 1,1, Hamburg, pp. 49-82.
- M. A. Deibe Balbas. Una punta de lanza de Riaño de Ibio (Cantabria), *Sautuola V, Estudios en Homenaje al Padre Carballo*, Santander, pp. 63-69.
- G. Delibes 1978. Una inhumación triple de fase Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid), *T. de P.*, 35, Madrid, pp. 225-250.
- 1985. Las relaciones atlánticas de la Península Ibérica entre el IV y II Milenio, *XIII CNArq.*, Las Palmas.
- G. Delibes y J. Fernández Manzano 1977. Los palstaves sin asas de la Península Ibérica. Justificación de su presencia y aproximación a su cronología, en *RG*, LXXXVII, Barcelos, pp. 175-188.
- M. Dupré Ollivier 1988. Palinología y Paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias, *S.I.P.*, Valencia.
- E. Esparza 1982. Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia), *BITTM*, 47, Palencia, pp. 393-408.
- J. Fernández Manzano 1986. *Bronze Final en la Meseta Norte Española: el utillaje metálico*, Almanza.
- M. D. Fernández-Posse 1986. La cultura de Cogotas I, en *Homenaje a Luis Siret, (1934-1984)*, Cuevas de Almazora, 1984, Sevilla.
- J. M. Flórez 1878. *Memoria relativa a las excavaciones del Castellón en el Concejo de Coaña*, Oviedo.
- M. Frochoso Sánchez 1986. El Medio Físico, en González Sainz y González Morales: *La Prehistoria en Cantabria*, Santander, pp. 39-84.
- A. García y Bellido 1942. El Castro de Pendar, en *AEA*, 49, Madrid, pp. 288-307.
- M. A. García Guinea y R. Rincón 1970. *El asentamiento cántabro de Celada Marlanges (Santander)*, Institución Cultural de Cantabria, Santander.
- J. Gómez de Soto 1980. *Les cultures de l'Âge du Bronze dans le bassin de la Charente*, Périgues.
- J. González Echegaray 1986. *Cantabria Antigua*, Santander.
- C. González Sáinz y M. González Morales 1986. *La Prehistoria en Cantabria*, Santander.
- R. J. Harrison 1980. A Late Bronze Age mould from Los Oscos (Prov. Oviedo), en *M.M.*, 21, Mainz, pp. 113-179.
- R. J. Harrison, P. T. Craddock y M. J. Hughes 1981. A study of the Bronze Age metalwork from the Iberian Peninsula in the British Museum, en *Ampurias*, 43, Barcelona, pp. 113-179.
- M. Jorge Aragoneses 1953. Hacia una sistematización de la Edad del Bronce en la actual provincia de Santander, *Altamira*, 1, 2 y 3, pp. 242-282.
- Leguina 1914. *La espada española*, Madrid.
- Arrl. Leroi Gourhan 1985. En Boyer-Klein et Leroi Gourhan: Análisis palinológico de la Cueva del Juyo, en Barandiarán et al. *Excavaciones en la Cueva del Juyo*, Cent. Inv. Mus. Altamira, monografía, nº 14, Santander, pp. 60-61.
- P. López 1981. Los pólenes de la cueva del Salitre, en *T. de P.*, 38, Madrid, pp. 93-96.
- 1986. Estudio palinológico del Holoceno Español a través del análisis de yacimientos arqueológicos, en *T. de P.*, 43, Madrid, pp. 143-158.
- G. López Monteagudo 1977. La diadema de San Martín de Oscos, en *RUC.*, XXVI, nº 109 (*Homenaje a García y Bellido*, vol. III), Madrid, pp. 99-108.
- J. Maluquer 1958. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*, Pamplona.
- G. Mary, J. L. Beaulieu y J. Medus 1973. Un diagramme sporopollinique et des datations C 14 pour la tourbière du Llano Ronanzas (Asturies-Espagne), en *Comp. Rend. B.S.G.F.* fasc. 2, T.7, Paris, pp. 37-38.
- J. L. Maya y M. A. de Blas 1983. El castro de Larón (Cangas de Narcea, Asturias), en *NAHis.*, 15, Madrid, pp. 151-192.
- J. Menéndez y Z. Florschütz 1961. Contribución al conocimiento de la vegetación en España durante el Cuaternario. Resultado del análisis palinológico de algunas series de muestras de turba, arcilla y otros sedimentos recogidos en los alrededores de: I. Puebla de Sanabria (Zamora); II. Buelna (Asturias), Vivero (Galicia) y en Levante, en *Estudios Geológicos*, vol. XVII, Madrid, pp. 83-99.
- L. Monteagudo 1977. *Die beile auf der Iberische Halbinsel*, P.B.F., IX, München.
- E. Muñoz y M. Serna 1985. El arte esquemático-abstracto en Cantabria, en *Altamira*, XLV, Santander, pp. 5-31.
- R. Rincón 1982. Contribución al conocimiento de la estratigrafía prehistórica en las cuevas de Castro Urdiales (Santander), en *Cuadernos de Espeleología*, 9-10, Santander, pp. 27-74.
- 1985. Las culturas del metal, en Guinea et al. *Historia de Cantabria*, Santander, pp. 113-209.

- M. Ruiz Gálvez 1980. Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego-asturianos, en *Actas do Seminario de Arqueología Peninsular*, vol. I, Guimarães, pp. 85-111.
- 1984. *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Madrid.
- 1986. Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce, en *T. de P.*, 43, Madrid, pp. 9-42.
- 1987. Bronce Atlántico y cultura del Bronce Atlántico en la Península Ibérica, en *T. de P.*, 49, Madrid, pp. 251-264.
- 1989. La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación, en *El oro en la España Prerromana. Rev. Arqueología*, Madrid, pp. 46-57.
- J. D. Sacristán de Lama e I. Ruiz Vélez 1985. La Edad del Hierro, en *Historia de Burgos. I. Edad Antigua*, Burgos, pp. 179-206.
- J. C. Sierra Rodríguez 1979. *Sobre la tecnología del Bronce Final en los talleres del Noroeste Hispano*, *Studia Archaeologica*, 47, Valladolid.
- P. Smith 1985. La Edad del Hierro en Matienzo (Santander), en *Altamira*, XLV, Santander, pp. 45-66.
- P. Smith y E. Muñoz 1984. Ocupación de las cuevas en la Edad del Hierro, en *Las Culturas Prehistóricas en las Cuevas de Cantabria*, bec., Santander, pp. 129-139.
- A. Tabbagh y G. Verrón 1983. Etude par prospection électromagnétique de trois sites à dépôts de l'Âge du Bronze, en *B.S.P.F.*, 80, Paris, pp. 375-389.
- B. Taracena 1932. *Excavaciones en la Provincia de Soria*, en *Mem. JSEA*, Madrid.
- J. M. Ugartechea 1966. Notas sobre el Bronce Final en el País Vasco, en *EAA*, Vitoria, pp. 139-148.